

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1868. — TOMO XXXI.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

Administracion general, passage Saulnier, número 4, en Paris.

AÑO 27. — N° 787.

SUMARIO.

Atanasio Coquerel; grabado. — Discurso de apertura de las cátedras del Ateneo de Madrid. — San Antonio de enero. — La Virgen de la Almudena. — El Cuerpo legislativo francés; grabados. — Revista de Paris. — Poesías. — Recepcion del cuerpo de Maximiliano en Trieste; grabado. — Debe y haber, novela escrita en alemán por Gustavo Freitag. — La «Moda del Correo de Ultramar;» grabados.

cuando la última sesión del congreso de la paz, en la sala de Santa Cecilia. Victor Hugo que había presidido el congreso, pronunciaba el último discurso recordando que el 24 de agosto era un lúgubre aniversario, el aniversario de la matanza de la noche de San Bartolomé.

El abate Deguerry y el pastor Atanasio Coquerel figuraban entre los miembros de la mesa.

Una explosión de aplausos y de bravos saludó el movimiento oratorio del gran poeta. Los dos representantes del Evangelio se levantan enternecidos, se adelantan el uno hacia el otro y se abrazan con una efusión cristiana, ante el sillón del presidente. Al ver esto las aclamaciones aumentan, la emoción llega al colmo, y Cobden, el gran Cobden hace una señal invitando á la asamblea á saludar con siete hurrahs el religioso espectáculo de la concordia y la paz de las almas.

¿No dice este acto cuál fué en su larga y laboriosa carrera el espíritu del venerable pastor que acaba de perder la iglesia protestante de Paris? Toda su vida predicó la libertad de conciencia y cuando en nuestros días se dividió en dos partidos la confesión protestante de Paris, Atanasio Coquerel no vaciló en ponerse al lado de aquellos que proclamaron la soberanía de la conciencia y del libre examen.

E. C.

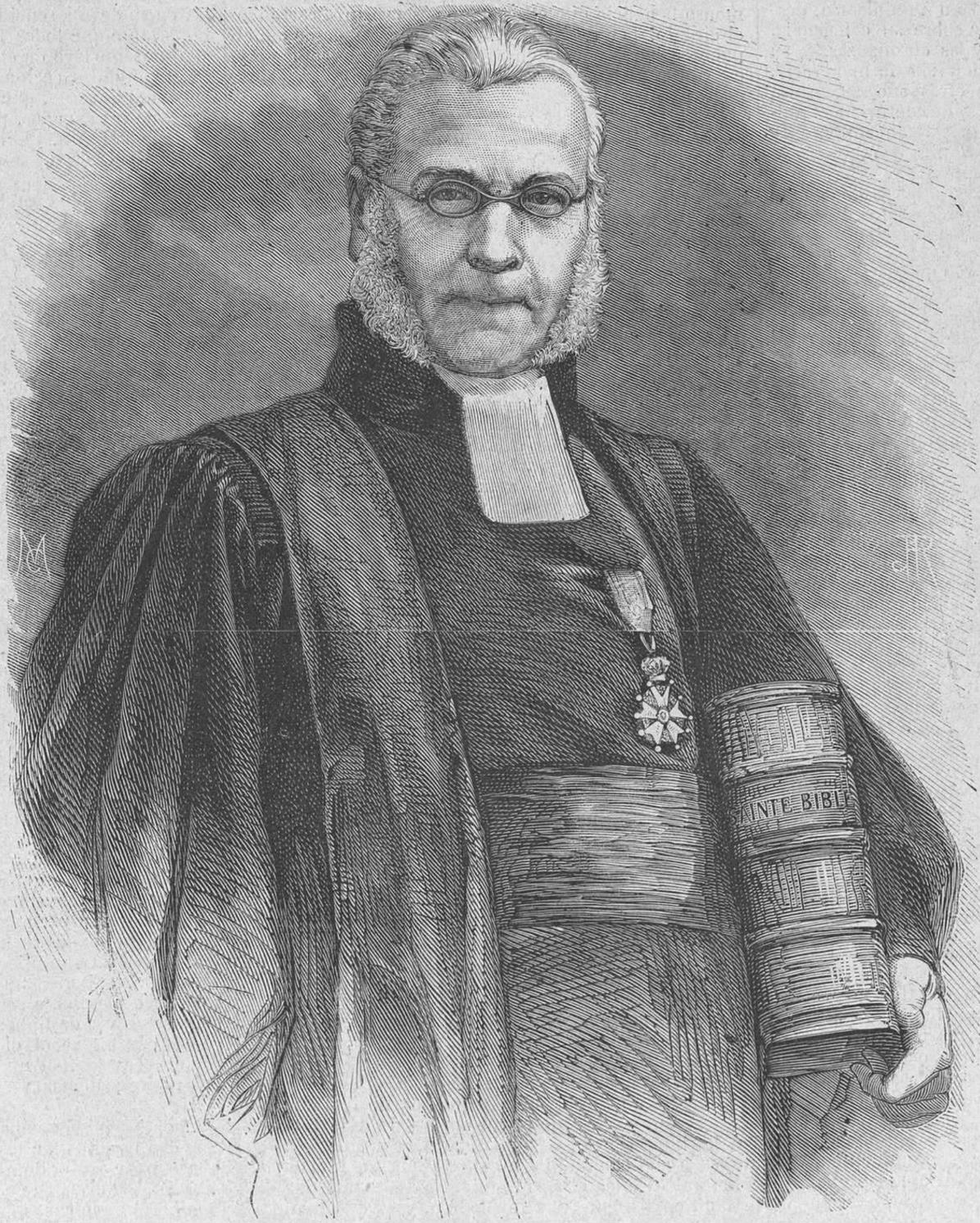
Atanasio Coquerel.

El protestantismo acaba de tener en Paris una pérdida que será vivamente sentida durante largo tiempo. El pastor Atanasio Coquerel, antiguo presidente del Consistorio, ha fallecido el 10 de enero á la edad de setenta y dos años, y la inmensa muchedumbre que asistió á sus funerales demuestra cuán grandes eran las simpatías de que disfrutaba el venerable ministro.

Era un hombre de clarísimo entendimiento. Después de haber hecho sus estudios teológicos en Montauban, fué mucho tiempo pastor en Amsterdam, pero muy aferrado á sus principios, rehusó el cargo de pastor de la capilla de la isla de Jersey, por no adherirse al simbolo de la iglesia anglicana.

Llamado á ejercer su ministerio en Paris, la autoridad de su palabra y su incansable celo, le conquistaron una eminente posición que muy luego le puso en evidencia. Presidente del Consistorio, fué nombrado en 1848 representante á las dos asambleas constituyente y legislativa.

Un recuerdo nos permitirá demostrar que el espíritu del elocuente orador estuvo siempre dominado por una idea de libertad y de tolerancia evangélica. Era el 24 de agosto de 1849,



Atanasio Coquerel, pastor protestante, ex-presidente del Consistorio.

Discurso

de apertura de las cátedras del Ateneo, leído por su presidente don Laureano Figuerola en la noche del 17 de enero de 1868.

Fecunda en enseñanza considérase nuestra época, según frase frecuentemente usada como sinónima de escarmientos y desengaños, cual si estos no fueran patrimonio comun de la humanidad en todas las edades y regiones, y como si fuese triste privilegio de la nuestra mayor cúmulo de daños y sufrimientos arrojados sobre la generación presente. Cuanto tiene de falaz y dolorido semejante lenguaje, fácilmente se demuestra, si las enseñanzas que no es dado recibir son consideradas en sus verda-

deras proporciones y en region mas alta que en la exclusiva del sentimiento.

Nunca al hombre le ha deparado la suerte corto caudal de tribulaciones, pero si en el modo de vencerlas ó dominarlas muéstrase el señorío de su razon y los bríos de su voluntad, forzoso será convenir muy luego que los escarmentos y desengaños que se toman por enseñanza, fueron en mayor suma en pasados tiempos comparados con los actuales.

Hoy el fenómeno es distinto; mas complicada, mas difícil la concepcion de los elementos de estudio en cuanto no rodea, y á la vez, mas repetidas las experiencias que caen bajo nuestro dominio de investigacion. Si antes era singular condicion de la fortuna y clase de la sociedad á que el hombre pertenecia, el que pudiese transmitir sus ideas por medio de la escritura á sus contemporáneos y á las futuras generaciones, hoy el número de los hombres civilizados que pueden comunicar entre sí por tan maravillosa combinacion de signos es en crecido número, y las sensaciones, las observaciones, los actos que quedaban aislados, encerrados en la vida individual, trasmítense á todos aquellos á quienes pueda interesar, fijar la atencion y esclarecer el ingenio.

El número de los que leen, aun mayor que el de los que escriben, y los vehículos de publicacion y de comunicacion tan portentosos como la prensa, el alambre eléctrico y la locomotora asaltan de continuo la inteligencia, la excitan y conmueven, obligándola á interrogar la propia conciencia, á buscar explicacion de los sucesos y á inquirir de los demás la solucion que en sí mismo no alcanza.

El libro y el folleto no bastan para nuestra ansiedad de novedades, y el periódico, que es mas antiguo de lo que sus difamadores pretenden, ha adquirido proporciones imponentes siempre, si para algunos espantables. ¡Singular condicion de nuestra existencia! Hoy en el banquete intelectual son tantos los manjares ofrecidos á nuestro apetito, que algunos Vitelios ó Heliogábalos, saturados de tanta hartura, ostentan el natural capricho de una dieta científica, que solo demuestra el estragado paladar de una digestion dificultosa.

Antes en el recogimiento del hogar doméstico, por la dificultad de las comunicaciones, por la carencia de libros, por el temor de las responsabilidades tremendas que el Santo Oficio podia imponer á los deslices de la inteligencia; encerrábase el hombre dentro de su propio pensamiento, temiendo comunicarlo á los demás, cual si fuese un crimen; sufriendo la tortura de aquel desdichado que pinta Edgardo Poe, fatigándose con su propio secreto, hasta correr desalado á publicarlo, despues de muchos años que pesaba sobre su conciencia. Así estallaban las experiencias y las enseñanzas, y su explosion inesperada, su aparicion sin formar serie, ni guardar encadenamiento con otros sucesos, causa escándalo solo por el simple hecho de conturbar el universal silencio, la comun placidez y estancamiento, y dentro del comun sentir era mezquina y raquítica la forma de apreciar los inventos y juzgarlos.

Hoy la dificultad estriba en resistencias de índole completamente diversa. La afluencia de datos, la continuidad de noticias, la invasion de observaciones y experiencias, la imperfeccion de muchas de ellas por la celeridad con que se pretenden y obtienen, el océano de libros, el oleaje de los periódicos y revistas, la vida exterior, la polémica constante, la contradiccion continua, la rectificacion necesaria á cada momento, y de cada momento, y las voces y los ruidos de toda la humanidad, que antes no eran oídos, y que ahora resueñan en todos los ámbitos; causan una perturbacion, un estupor á las inteligencias, que llegan á desvanecerse por abundancia de los medios como antes se comprimian y empequeñecian por la absoluta carencia de ellos.

¿Es un mal la exuberancia del bien? ¿El crecimiento de la comun fraternidad y comercio entre los hombres, debemos deplorarlos como si fuese la imágen del caos, cual allá en el fondo de la edad media creiase llegada la fin del mundo, porque la magnitud de los sucesos no cabia en la pequeñez de las inteligencias? No por cierto: que para toda necesidad sentida nace una institucion encargada de satisfacerla.

Privilegio es del hombre el ser enseñado, como condicion de su perfectibilidad, porque solo con la trasmision de una idea que encuentra la existencia y la base de otra idea precedente, aceptada por la inteligencia, cabe el progreso y el desenvolvimiento de las condiciones humanas.

Negad la instruccion á los hombres ó dadles un cuerpo decente, que en vez de dirigir extravié, que por temor á la verdad, único fin de la ciencia, haga á la verdad sospechosa, que en vez de sacudir ridículos temores que el fanatismo y la ignorancia inspiran, labren las almas en la tierra del espanto, y las alrume y las aniquile al simple recuerdo de la razon, mirada como producto del averno, y no como destello de la divinidad: y vereis pasar las generaciones á cientos, sin nombre, sin título que las distinga de una edad en otra edad, esperando siempre cual en la religion de Braama las trasformaciones de sus dioses en perpétua innacion y degradante miseria, inmóvil el pueblo en su atraso, si no es que desciende hácia la barbarie en la misma proporcion que van siendo mas humanas y degeneradas las concepciones de la casta de sus Braamas.

Entre el inmóvilismo oriental y la agitacion europea, está planteado el problema, que mueve y enardece las pasiones de los que quieren abdicar la razon en aras de intereses mas altos, y que por serlo, son eminentemente razonables, mientras que los que á la razon enaltecen, por el ardor del combate la exageran, queriendo

que domine sola y señora, en regiones donde se ciernen, mostrando igual belleza y poderío, la voluntad y la fe sus nobilísimas compañeras.

Por desdicha nuestra, el combate es recio, y los que se creen mas ó menos sinceramente mantenedores del campo contra la razon, la han declarado revolucionaria, como si fuese novedad reciente que la razon subleva á la ignorancia siempre y en todos los tiempos, y la exaspera y la escandaliza.

Y no atreviéndose á poner tasa oficial á la doctrina como no há mucho la tenían los artículos de abasto; por caminos tortuosos y de travesia se quiere restablecer la paz de las almas, aislando las inteligencias, privándolas de comunicacion con el resto del mundo. *Dum solitudinem faciunt; pacem apellant.* Esta máxima de Tácito, inspirada por formar de una vida política de otros tiempos, bien puede aplicarse á los actuales en la modesta region de la ciencia, cuando puerilmente se intenta sujetarla, en tanto que ella se escapa hácia el empireo con la elasticidad de los fluidos imponderables.

Europeos y no asiáticos: esa es la gran distincion que señala dos formas de existencia de la vida intelectual y colectiva aspirando al sumo bien, por las facultades animicas ó sumergiéndose en la anulacion la criatura, abdicando su ser y convirtiéndose en parásito de su propia existencia.

Sea, pues, el mote de nuestro escudo, el carácter europeo, si amamos la ciencia, y por medio de ella querremos que nuestra condicion personal y humana sea mas noble, mas alta y mejor, comprendamos la responsabilidad de nuestros actos y el cumplimiento de nuestro destino.

Ante ese caos de la pasion que extravía, de la exuberancia de medios que aturde, de la contradiccion de datos que suspende el ánimo, de la exageracion que espanta, y la duda y la abdicacion individual en que muchos desfallecen; levántase entre las colectividades humanas una voz que á la simpatía producida por su acento, á la belleza de las formas del decir, al ordenamiento de las ideas, á la clasificacion de los elementos aparentemente desordenados; une ese *quid divinum* de la razon misma que encuentra eco en las razones sus semejantes por la claridad con que hace percibir al auditorio la verdad que encuentra su alma privilegiada. Ese encanto de la palabra, esa magia del pensamiento, ese trofeo que conmueve los hombres antes rudos é insociables, ese don del espíritu divino, lo tiene el varón docto, el profesor, el maestro.

Ved aquí, señores, la utilidad de la cátedra, el inmenso beneficio que el profesor nos procura, cerrando el círculo, por decirlo así, y apareciendo desde aquel momento la corriente eléctrica que pone en contacto y en comunidad de ideas las inteligencias congregadas en la cátedra.

Y esta enseñanza es mas digna de encomio, cuanto mas espontánea de parte de quien la acomete y realiza, siendo merecedores del mayor aplauso y reconocimiento los dignísimos consocios de este cuerpo científico y literario que han tenido la bondad de acceder al ruego de la junta directiva.

Cuenta el Ateneo en sus años de existencia y en el catálogo de sus profesores, entre algunos modestos por sus condiciones personales, los nombres mas ilustres en la ciencia y literatura españolas, y si fuese dado hablar de los vivos con igual imparcialidad que de los que dejaron este mundo, bien podria yo anticipar ante este ilustrado auditorio la asercion de que los profesores del Ateneo en el presente curso, sostendrán el parangon con los mas distinguidos de años anteriores, como es igual su celo con cuantos han ocupado este sitial, desde donde han resonado los mas inspirados acentos, preclaras voces y elocuentes principios que por variados senderos contribuyen á levantar nuestra cultura, harto rezagada por dos siglos de ese marasmo asiático que hemos sacudido.

El Ateneo tiene por ello entre sus glorias el mas alto timbre que la posteridad podrá concederle: desde su ereccion ha enseñado, y ha enseñado libremente en el doble concepto de existir libertad en el profesor y en el alumno, discuriendo entrambos, no con una mira determinada de explotacion industrial y el señalado objeto de practicar una carrera, sino con el nobilísimo fin de cultivar la ciencia por la ciencia, por amor á la verdad, por el progreso y perfectibilidad humana, que son los únicos títulos que engrandecen los pueblos.

Cuando los españoles fijen sobre sí mismos la atencion y conciban que hace ya treinta años existe una Universidad libre en el Ateneo científico y literario de Madrid como en Londres, como en Bruselas, como en Zurich y en otros puntos de que por desgracia nos separa la altísima barrera de los Pirineos, serena la frente, alegre el semblante y ensanchando el pecho, saldrá entera la voz para exclamar: «Es posible todavía esperar en el porvenir científico de nuestra patria.»

San Antonio de enero.

Es una verdad comunmente aceptada, que no hay en el mundo dos almas iguales, y que por consiguiente, no hay dos almas que ante el mismo espectáculo reciban iguales impresiones: de aquí nace la conveniencia de que cada año comuniquen sus impresiones á los demás.

Pero al lado de esta conveniencia se levanta una dificultad poco menos que invencible, y es, que hay im-

presiones tan vagas y tan indefinidas, que no acertamos á formular de modo que los demás puedan comprenderlas.

Con esta dificultad toco yo al empezar este artículo, y por eso he conmenzado con tantos circunloquios. Con esta dificultad tropiezo al comunicar á mis lectores las impresiones que produjo en mi alma la fiesta popular que tuve ocasion de contemplar ayer en esta villa coronada. Salga lo que saliere, yo voy á hacer todo lo que pueda por hacerme entender.

Ayer fué dia de San Antonio Abad, y fué dia que tiene para mí particulares encantos; ya por ser dia del santo de mi nombre, ya por ser dia que está en casi todos los pueblos de España señalado con alguna manifestacion popular.

El venturoso siglo de las luces en que nos ha tocado vivir, mira con horror unas veces, y cuando menos con alto desden y profundo desprecio, todas las fiestas populares, porque las juzga indignas de su orgullosa ilustracion; lo mismo que juzga todo lo que es sensible y noble, todo lo que es sincero y espontáneo, todo lo que no es estudiada afectacion y refinada hipocresía. Los lectores que han tenido mas veces la paciencia de leer mis escritos, saben ya muy bien en cuánto aprecio y estimo yo las costumbres populares; qué respeto, qué veneracion, qué especie de idolatría siento hácia los sencillos hábitos del pueblo; qué encanto irresistible, qué poderoso imperio ejercen sobre mi corazon las mas insignificantes manifestaciones del espíritu popular de la clase «inculta,» manifestaciones únicas que proceden del corazon. Buen provecho le haga al siglo su opinion, y yo me quedaré con la mia.

El dia de San Antonio Abad, en muchas aldeas de Castilla la Vieja, donde la nueva «civilizacion» no ha podido todavía meter el pico, llevan á la iglesia buen número de cabezas de cerdos, que despues de misa sacan «á la grita,» á la puerta del templo, adjudicándolas al mejor postor, y quedando el precio para alumbrar al santo.

En otros pueblos llevan ese dia antes de misa los labradores sus caballerías de labor á pasearlas al rededor de la iglesia. Es de advertir que, sin ser dia de obligacion de misa, no queda nadie que en semejante dia no la oiga, llenándose las iglesias como si fuera dia de incienso.

En todas estas costumbres populares, y en muchas otras que pudiéramos citar, se descubre su origen esencialmente religioso.

El pueblo, sincero, creyente, da en todas una muestra de su devota sencillez, mucho mas elocuente y mas importante que todos los discursos de un Ateneo. Por algun asomo leve de enfermedad que padece el animal, consuelo de las cocinas, los sencillos aldeanos ofrecen la cabeza al santo, que es abogado de las cosas perdidas y de los ganados, porque se le conserve vivo y sano hasta San Martin. El dia de San Antonio es el destinado á cumplir la oferta con la misma fe con que la habian ofrecido.

En el segundo caso, los labradores quieren poner para todo el año sus bestias de labor bajo la especial proteccion del santo, y van en su dia á ofrecérselas, paseándolas al rededor de la iglesia. Aquí la fe se manifiesta con la misma sencillez fervorosa.

Hablaria tambien de una costumbre de este dia, muy general en los colegios de enseñanza, institutos y seminarios, conocida con el nombre de *burreña*, costumbre que conocen todos los que han estudiado; pero me extravió de mi propósito: tengo que hablar de Madrid.

La tradicional y religiosa corte de España consagra tambien á San Antonio Abad una manifestacion, que por mas que ahora no lo parezca, es esencialmente religiosa en su origen. ¿Quién no ha pasado ayer por la calle de Hortaleza? ¿Quién no ha entrado en la iglesia de San Antonio de la misma calle? Cualquiera que haya observado un poco el aspecto que ayer presentaba esta calle, se convenceria por fortuna de que Madrid, por mas que parezca desfigurado á la moderna, es todavía tan español como el último pueblo de Castilla, y acaso como ninguno, amante entusiasta de sus tradiciones añejas.

Desde la Puerta del Sol empezaba á extenderse por las calles de la Montera y Hortaleza una cosa muy parecida á la feria de un pueblo. Pequeñas tiendas tendidas en el empedrado á los dos lados de la calle, apenas dejaban paso á los coches, ni hacian caso bendito del orgulloso *jéee...* de los cocheros. Las tiendas eran de quincalla, de juguetes y de otras mil cosas: pero entre cada dos habia infaliblemente una de «bollos de San Anton.» Todos los vendedores pregonaban sus géneros en voz alta, procurando cada uno dar á la suya un timbre especial para atraerse concurrencia. «¡Batidores y lendreras de goma, á dos reales!» decia un muchacho bajo y robusto, con una voz de las mismas condiciones que su persona; y volvía á repetir lo mismo, empezando por los reales y acabando por los batidores.

Mas arriba una mujer, que vendia juguetes de carton barnizado, agitando un diablillo negro con las orejas coloradas, pendiente de un cordón de goma, decia con penetrante voz de tiple: «¡A dos cuartos va el diablo! ¡á dos cuartos va el diablo! ¡Qué diablillo mas bonito por dos cuartos!» Aun así se nos figuraba demasiado caro; pero ¡cuántas veces le compramos á mayor precio!

A continuacion vendia «bollos» un anciano, que gritaba con una voz tan enronquecida, que parecia oler á tabaco y á vino. «¡Bollos del Santo, del Santo bendito!» Es de advertir que los «bollos del Santo» son por lo general mendrugos de pan, secos y duros, rebozados

en un poco de clara de huevo, azúcar y cochinilla; pero tambien es de advertir que merced á esta hermosa cáscara, parece que están diciendo: «comednos.»

Un poco mas arriba se veia un precioso grupo de escultura representando á Jesucristo y los Apóstoles en la última cena; y á su lado gritaba un mozo con excelente voz de contralto: «¡A real, á real se rifa, á real; ya no me quedan mas que los de la suerte!» Seguia otro muchacho que vendia bollos, y decia: «¡Bollos de San Anton, de canela y limon!»

Otro mas adelante vendia juguetes, y gritaba: «¡Taza y plato de cristal!» Y por supuesto, seguia otra mujer que vendia bollos, y decia con un acento simpático, lleno de graciosas inflexiones, que un músico llamaria bemoles ó sostenidos: «¡Bollos del Santo, bollos; del Santo, á prueba; de limon y canela!» Es inútil advertir que todos vendian mucho, y que con extraña ó inusitada sencillez se andaba la gente por la calle comiendo bollos y naranjas, pasas y dátiles «del Santo;» porque en ese dia todo era «del Santo,» hasta el diablo que pregona la otra mujer.

Bien sé yo, que á este siglo y á sus adoradores no les gustan estas ferias de carácter popular, ni los gritos de los vendedores; prefiriendo como sistema de publicidad el sistema extravagante y ridículo de los carros de anuncios, flamante en esta córte, recién traído de Paris, único adelanto que nos ha tocado de la Exposicion universal. Recuerdo que al verlos há poco por primera vez, me dijo un amigo: «Mira la ilustracion; un hombre tirando de un carro.»

Aunque conozco el dolor de cabeza que estas cosas levantan al siglo y á los «civilizados» con su civilizacion, me atrevo á decir, y á escribir que es mas: que yo gozo mucho con estas cosas; que ha sido ayer uno de los dias mas apacibles de mi vida.

El aspecto de las calles mencionadas, completamente llenas de gente, excepto el sitio que ocupan las tiendas; aquel ir y venir con pesada lentitud; aquel hervir continuo y aquel mareo parecido á las olas del mar, me agradaban, me encantaban mil veces mas que la contemplacion del mas variado panorama, mas que todos los milagros de la pirotécnica en una funcion de fuegos artificiales.

La confusa y desaliñada algarabía de los vendedores, mezclada con el sordo murmullo de la agitada muchedumbre, seducen y apasionan mas dulcemente mi alma que todas las melodías de Meyerbeer y todas las armonías de Bellini.

Me permitiré recordar á alguno á quien esto parezca exagerado, que sobre gustos no hay nada escrito.

El origen religioso de estas costumbres populares aparece bien claro. La iglesia de San Antonio es el foco del movimiento; hácia ella suben y hácia ella bajan todos los que pasean la calle. Por mas que ahora no todos entren á rezar, es indudable que ese fué en principio el único objeto de esta peregrinacion en miniatura.

A. DE VALBUENA.

La Virgen de la Almudena.

TRADICION MADRILEÑA.

I.

No voy á referiros, mis queridos lectores, uno de esos fascinadores cuentos que plumas mejor cortadas que la mia, en otras ocasiones ya os han descrito; no voy tampoco, en alas de una entusiasta fantasia, á pintaros héroes ó á retrataros caudillos que en otro tiempo llenaron el mundo con la gloria de sus hazañas; esta seria para mi, os lo confieso francamente, una tarea impropia, de cuyo resultado no me atreveria á salir responsable, vistas mis escasas facultades.

En todos los pueblos y en todas las edades han brotado y existido narraciones mas ó menos fantásticas, mas ó menos poéticas, segun el sentido en que se interpretan ó el espíritu de nacionalidad que las caracteriza.

En la edad media, en esa edad que aparece ante los ojos de la moderna civilizacion como un sombrío fantasma sumergido entre las tinieblas de la barbarie y la supersticion, han nacido, sin embargo, los primeros elementos que, regenerando al hombre, fundaron ese lema de *Religion y Patria*, por el cual tanto debemos á nuestros abuelos.

Desde la amorosa cantinela, cuyas apasionadas trovas cantadas al compás del laud por algun errante bardo, aun parecen repetir los artesonados techos ó las derruidas bóvedas de los ya destruidos castillos feudales, hasta la humilde conseja, cantada en las largas veladas del invierno con voz temblona por el anciano de cabellos blancos y respetuosa frente al resplandor del hogar de la familia, todas han tenido un mismo principio y un mismo fin; la fe, hermanada con la supersticion, han sido su primitivo origen; en cuanto á su término, solo las necesidades de la época en la cual nacieron ha sido su mejor disculpa.

Quizás la sonrisa del incrédulo ó la desaprobacion del positivista se cebe en tan sagrados recuerdos; pero ningun corazon que posea la nobleza y el amor del país

que le vió nacer, dejará de sentir un fervor respetuoso al escucharlas por primera vez.

Las tradiciones son el compendio de una historia; España en sus largas luchas con los enemigos de su religion, encierra un sinnúmero de ellas; nuestros católicos antepasados mas de una vez sintieron renacer el valor en su pecho con tan preciosas memorias; bajo la acerada cota del guerrero de Castilla siempre encontraron un eco favorable. Si esto no basta, al menos, ya que pequemos de desconfiados, no seamos desagradecidos á aquellos que al precio de su sangre compraron la tierra que hoy nos sirve de sustento.

II.

Era á principios del siglo VIII. Aun no se habia extinguido por completo el estruendo que produjo el total desmoronamiento de la monarquia goda. Aun las aguas del Guadalete arrastraban en su curso los mutilados restos del adúltero soberano y las reliquias de sus degenerados vasallos.

Una por una fueron cayendo las ciudades de la Península en manos de los hijos del desierto.

La media luna se ostentaba triunfante donde poco há el signo de la Redencion del mundo levantaba sus piadosos brazos.

Al devoto tañido de los bronces, habia sustituido la chillona voz del muezzin musulman.

Los templos perdieron sus labradas agujas y sus atrevidos arcos, para ceder su paso á la vez á los graciosos minaretes y pintados arabescos.

A la voz de *No hay mas que un solo Dios, único y trino*, substituyóse la de *Alah es Dios y Mahoma es su Profeta*.

España fué árabe. El cristianismo habia desaparecido ante las cimitarras de los soldados de Muza; pero el Rey de todo lo creado se dignó tender una mirada de misericordia á tan desventurada nacion, y creó un Pelayo en las escabrosidades de una Covadonga.

Entre los últimos pueblos que cedieron ante la fuerza de las huestes sarracenas, se contaba uno, situado en el centro de la Península y reclinado muellemente á las orillas de un rio, cuyas pacíficas aguas mas bien le servian de belleza que de natural defensa.

Medio oculto por un lado entre los espesos jarales y madroños que brotaban por diversos puntos, parecia, con sus puntiagudas almenas y robustos torreones, el asilo postrero de los infortunados hijos de Witiza.

Este pueblo era el *Mantua* de Cartago, *Matritum* de Roma y el *Magherit* poco despues bajo la dominacion mahometana. A él vamos á trasladar á nuestros lectores á fines del siglo VII.

III.

Amanecia. Todo estaba sepultado en el mas profundo silencio en la murada villa.

Al través de las sombras, que aun envolvian como un sudario los edificios, se alzaba un objeto informe, pero de majestuoso aspecto; era el Alcázar.

Las flores inclinaban dulcemente sus perfumados cálices, desprendiendo líquidas perlas del rocío bienhechor que las abrasadas arenas absorbian con avidéz.

El céfiro matinal conmovia perezosamente el esbelto tallo de la flexible caña y la fresca juncia, que en diversos grupos bordaba la ribera del pacífico Manzanares.

Allá á lo lejos, detrás de los negruzcos picachos de la sierra vecina, una opaca claridad que iba lentamente desarrollándose hasta tomar la forma de una cinta de fuego, anunciaba la salida del rey de los astros.

De vez en cuando solo llegaba á interrumpir la calma de la naturaleza la melancólica voz del soldado godo, que vigilaba desde la almena.

Alguna hoja que otra, impelida por la brisa, revoloteaba un corto trecho y concluia por caer al pié del arbusto que la vió nacer.

El ruiseñor lanzaba sus últimos trinos bajo las ramas del sauce, ú oculo entre la espesura de los olivos.

Reinaba el mas profundo silencio.

Todo era misterio y soledad.

La luna en tanto iba ocultando su rostro bajo el azulado velo del crepúsculo matinal.

El cierzo helado de la mañana hacia arrebujarse en sus capas á los soldados que guardaban los portillos.

Y en tanto el coro de los pintados pajarillos, con sus arpeadas lenguas, saludaban llenos de regocijo la llegada del nuevo dia.

IV.

Las blancas tiendas de los hijos del desierto, semejantes á una bandada de palomas, se extendian de la otra orilla del Manzanares, ya ocultas entre los matorrales y bosquecillos de madroños que por do quier alfombraban la ribera, ó ya tendidas perezosamente sobre la esmeralda de los prados.

En el centro del campamento árabe una tienda de mayor magnitud y riqueza que las demás ostentaba con ademan soberbio el rojo pendon musulman, que el soplo del aura perfumada desplegaba caprichosamente.

Algunas avanzadas de jinetes berberiscos caracolea-

ban á la orilla del rio, contemplando con curiosidad y avidéz el pequeño Magherit, á quien por última vez quizá teñia con sus dorados rayos el sol de la independencia.

Las huestes africanas habian resuelto atacar decisivamente la villa durante las primeras horas del dia.

Numerosas partidas de guerreros de blanco alquicel y rojo turbante surgian como por encanto de diversos puntos á la vez.

Los añafles y atambores moriscos llamaban á la próxima lucha á sus diferentes tribus.

Un terrible círculo de enemigos envolvía á la ciudad cristiana, oprimiéndola cual un fuerte y destructor anillo, desde el portillo de Balnabú hasta el torreón de la Vega.

Los madrileños por su parte no se habian descuidado tampoco en apercibirse para una resistencia heroica y desesperada.

Todas las materias combustibles y mortíferos aparatos de la época eran conducidos con patriótico entusiasmo, ya por las manos del robusto y esforzado campeón, ya por las tiernas y delicadas de la hermosa é inocente doncella, ó las puras del infante y débiles del anciano.

Las escasas tropas reales que á la sazón guarnecian la villa, escuchaban con el mas fervoroso recogimiento y con esa fe y devocion propia de la edad media, una misa solemne que el clero parroquial de Santa Maria celebraba en demanda de auxilio á la Reina de los Angeles.

¡Sublime espectáculo era el que presentaban aquel puñado de guerreros, encanecidos y de tostados semblantes por el fragor de las batallas, prosternados ante el Señor de los ejércitos, y prontos á derramar gozosos su noble sangre en el altar de la patria y en aras de su amada independencia!

¡No hay cosa mas digna de admiracion en toda nuestra historia, que aquel grandioso espíritu de fe, que latiendo en el corazon de nuestros antepasados, y dándoles valor y abnegacion, les impulsó á lanzarse á la reconquista de su país, creando las magnificas epopeyas de una *Covadonga*, un *Clavijo* y unas *Navas de Tolosa*!

En tanto los moros, extendidos á todo lo largo de la ribera, solo esperaban impacientes una señal para vadear el rio y lanzarse al asalto de la plaza.

El sol en todo su esplendor doraba majestuosamente las cúpulas y torres de la villa, despidiendo radiantes destellos al herir con sus rayos los ferrados cascos y aceradas cotas de los combatientes.

Por fin las dos razas enemigas iban á disputarse la victoria con todo el furor y coraje peculiar de aquellos tiempos.

De improviso inunda el aire el eco de los instrumentos bélicos sarracenos, y á modo de torrente destructor que asola todo cuanto encuentra al paso, luchan jinetes y corceles con la impetuosidad de la corriente, cubriéndose las túnicas y jaces de blanca espuma, bajo una granizada de saetas que de toda la línea de la murallas le arrojan los cristianos.

La vanguardia musulmana, vadeado el Manzanares, se precipita á la carrera por las empinadas colinas, lanzando gritos de rabia y triunfo.

Llegan los mas animosos al pié del muro y plantan multitud de escalas, que un momento despues se ven atestadas de soldados.

La sangre enrojece las piscas castellanas y las corvas cimitarras africanas, las escalas se doblan bajo el peso de los sitiadores, y estallan, arrojando al foso ó estrellando contra la muralla á multitud de desgraciados.

Las máquinas de sitio derriban con estrépito un trozo de muro, á fin de facilitar un portillo libre á los musulines.

Mas ¡ay! tanto valor era inútil por parte de los cristianos; su número iba disminuyendo considerablemente, al paso que la fuerza de los sarracenos se aumentaba con nuevos tercios llegados de Toledo y de Valencia.

El valeroso alcaide de Magherit dirigió una dolorosa mirada á los valientes que le restaban, y arrancando de la almena el pendon castellano, blandiendo una pesada maza se precipitó en lo mas recio de la refriega, cayendo por último cubierto de heridas, pero coronado de la gloria de los héroes y la palma de los mártires.

Los moros ya habian logrado franquear los primeros parapetos, y la lucha tomaba un carácter de barbarie y vandalismo digno de aquellos infieles.

Los madrileños iban cayendo uno á uno, defendiendo palmo á palmo cada pulgada de terreno conquistado.

(Se continuará.)

El Cuerpo legislativo francés.

(Véase el número 786.)

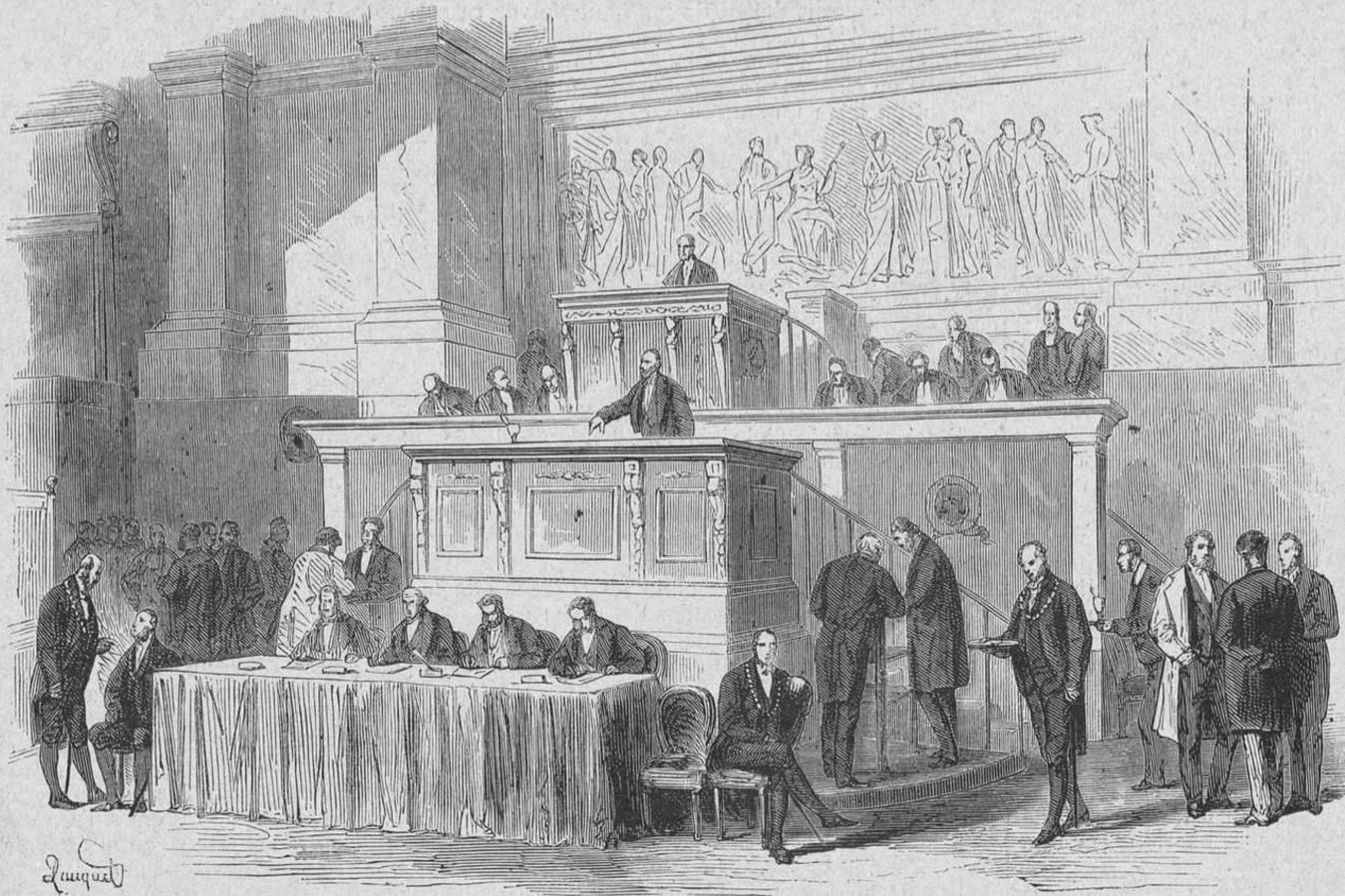
LA SESION.

Todo el que asiste por primera vez á una sesion del Cuerpo legislativo se lleva un gran chasco ó experimenta una gran emocion; á veces entrambas cosas. Nada hay con efecto mas solemne, ni mas desprovisto de solemnidad, mas conmovedor ó mas monótono. Es una cuestion de orador, de asunto y de hora.

La entrada en sesión se asemeja á la de una escuela mal disciplinada. Cada cual, antes de llegar á su banco, se detiene para hablar con un colega, y el espacio libre en el bajo del hemiciclo está lleno de animados grupos. A la derecha hay aglomeración en torno del banco de los ministros; se trata de saber noticias; á la izquierda estas preguntas se dirigen á los diputados periodistas; ó bien, se está fijando el orden de la discusión y se están repartiendo los papeles de ataque y de defensa.

Los ugieres gritan: «Cada cual á su puesto»; y la campanilla del presidente reclama el silencio.

Casi siempre al comenzar la sesión se da cuenta de las comunicaciones gubernamentales, lo cual hace que los diarios de la tarde puedan publicarlas algunas horas despues. Cada periódico tiene un emisario *ad hoc*, y una vez leído el despacho, un secretario redactor dicta su contenido á todo el que desea copia.



Palacio del Cuerpo legislativo. — La tribuna.

laramente el diputado que lee abusa de las flores de retórica.

Otros leen francamente teniendo el manuscrito con ambas manos á la altura de su pecho. M. Havin, sin ocultarse en lo mas mínimo, lee sus discursos en las pruebas de su periódico.

Los taquígrafos tienen un modo particular de apreciar á los oradores: dicen que es un orador á 15, 20, 22, 25 líneas por minuto. M. Latour de Moulin habla 14 á 18 líneas; M. Jules Favre 19 á 24; M. Thiers tiene momentos en que llega hasta 25; M. Rouher de 19 á 23; M. Poyer-Quertier de 20 á 25; M. de Parieu de 22 á 25; M. de Franqueville es el terror de los taquígrafos y de los secretarios redactores, pues llega hasta 26 y 27, y sus líneas son terribles porque están plagadas de hechos,

cámara está impaciente; el estómago se encuentra vacío y cansado el cerebro. A eso de las seis y cuarto empieza á ser muy tarde para todo el que está de convite

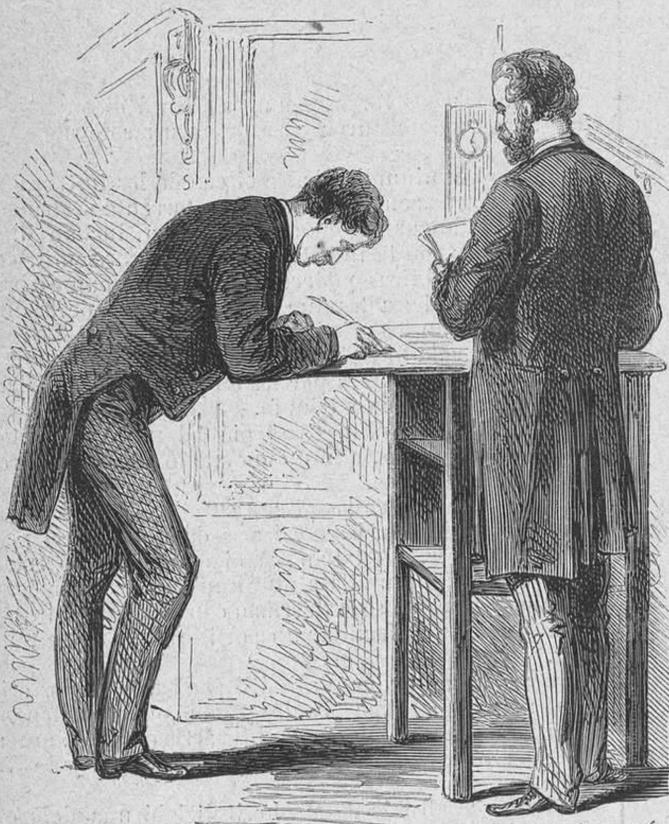
de nombres y de guarismos, y no hay corte posible. Hasta ahora se habia creído que este era el máximo de velocidad de la palabra humana; pero M. Liegeard ha

ó quiere disponer de su velada. Hay electricidad en la atmósfera, y una chispa en este momento produce un incendio. Es la hora de los grandes desastres ó de los grandes triunfos: sin embargo, estos últimos son raros.

No es difícil hablar en la cámara, lo difícil es hacer que escuchen. Ciertos oradores hablan cuanto quieren sin que les escuchen una sola palabra, en tanto que otros no tienen mas que presentarse y al instante reina un silencio solemne. En justicia, debe decirse que la cámara tiene muy á menudo, casi siempre, la imparcialidad de la atención. M. Jules Favre obtiene el mismo silencio que M. Rouher, y los cálculos de M. Magnin se escuchan como los de M. Saint-Paul.

El diputado principiante puede estar seguro cuando menos de un silencio que dura diez minutos; es el tiempo que dura la prueba. ¡Dichoso aquel que logra un plazo mas largo; pero estos no son muchos!

El diputado que lee no debe contar con su auditorio. Puesto que se trata de lectura, se atienden al *Moniteur* del día siguiente. La categoría de los lectores es bastante numerosa. Unos recitan un trozo, leen lo restante y esconden su manuscrito. Se les conoce por la monotonía del decir, por la corrección académica; harto académica de la frase. Regu-



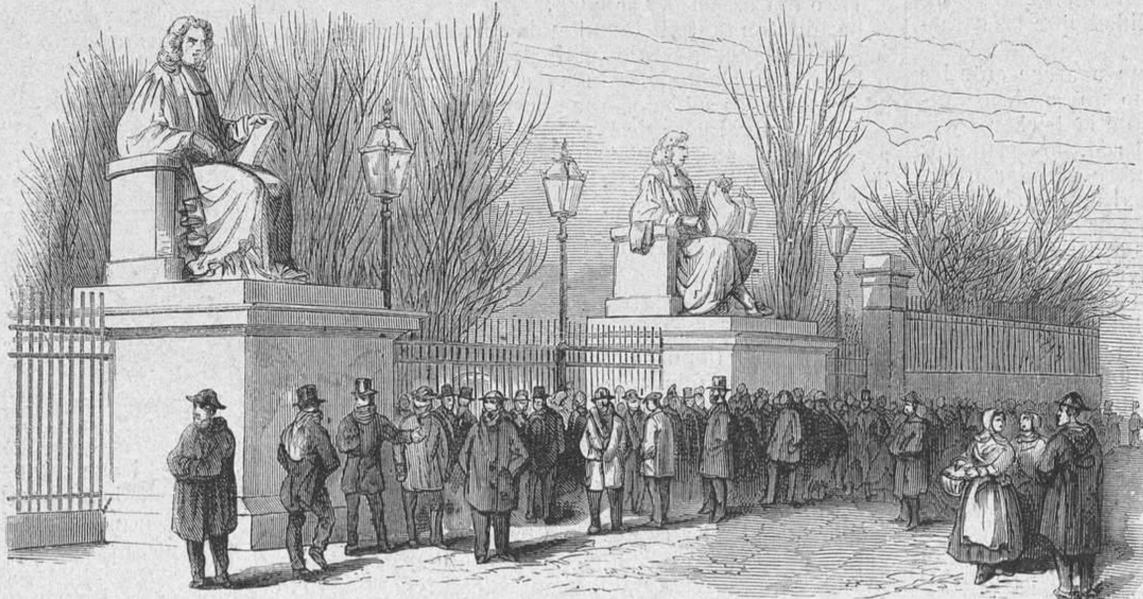
Los taquígrafos.



El que corta las plumas.

Esto tiene lugar en una salita que da á la calle de Bourgogne y que llaman la *sala de los periódicos*. Entre los redactores que concurren, suele haber copiantes y mas de una vez se han hallado cuartillas que no estaban limpias de faltas ortográficas.

Lo imprevisto, esto es, la tormenta, estalla por lo comun al principio ó al fin de las sesiones. Al principio el acta suele ser fecunda en incidentes, y al fin es la conclusión de una discusión ó la orden del día. Pero las tormentas en fin, son las mas frecuentes y ruidosas. Desde las cinco y media la



El público esperando la distribución de billetes para entrar en las tribunas.

venido á probar recientemente que se podía llegar hasta 29 y media. Y es de advertir que en la mayor parte de los oradores la velocidad es variable y solo llegan al máximo por instantes, en tanto que la rapidez de M. Liegeard es continua. La taquigrafía ha sufrido pues una derrota; sin embargo, el extracto analítico que se comunica á los diarios ha podido salir adelante á fuerza de tijeretazos.

La taquigrafía y el extracto constituyen una de las grandes preocupaciones del orador, pues representan al público, no un público

limitado, imperceptible, como el de las tribunas, sino la inmensa multitud de siete ú ocho millones de lectores que en Europa leen con asiduidad los debates del Cuerpo legislativo.

Ante semejante auditorio preciso es andar con cuidado. Nadie está al abrigo de un lapsus; ningún orador, á menos que no recite, está seguro de llegar al fin de su discurso sin tropiezo. Toda improvisación excluye la corrección perfecta, y el orador cuya palabra puede arrostrar la taquigrafía, el orador fénix, dueño de su palabra como de su pensamiento es una rareza, un fenómeno: no ha habido mas que Luis Blanc en otro tiempo y Jules Favre hoy, y para eso se recela que el primero castigaba sus frases de antemano y escribía sus discursos. Por esto la taquigrafía modera con su indulgencia la rigurosa exactitud; es una fotografía que permite los retoques.

Al fin de la sesión el orador puede leer lo que ha dicho; se le permite redondear sus períodos, enderezar una frase coja, cambiar una palabra impropia, embe-

llecer su discurso. M. Thiers llega á las once al *Moniteur* y á veces pasa allí toda la noche corrigiendo; otro cuya enérgica elocuencia tiene el don de la claridad á pesar de todas sus incorrecciones, espera al último instante, y corrigiendo sus pruebas casi á la hora de en-

los dos minutos y entonces que la frase termine ó empiece, releva á su colega diciendo: Yo escribo. El pupitre de estos se halla á la izquierda y á la derecha está el de *revisión* donde trabaja diez minutos cada hombre.



Palacio del Cuerpo legislativo. — Repartición de documentos á los diputados antes de empezar la sesión.

Laurent

trar en prensa, siembra sus párrafos de puñados de « ¡Muy bien! — ¡Movimiento! — ¡Sensación!» que nadie ha oído.

El extracto analítico es forzosamente mas breve: á las doce de la noche este extracto *completo* de la sesión debe estar impreso y enviado á los periódicos, y si permite á los oradores corregir sus cuartillas es con una discreción y una reserva que su comisión hace necesarias. La taquigrafía es esencial, pero el extracto es rigurosamente exacto.

El servicio taquigráfico se compone de diez taquigrafos que escriben cada uno dos minutos y por consiguiente tienen diez y ocho para la traducción. Siempre hay dos taquigrafos al pupitre, el que escribe y el que va á escribir. Este último con el lápiz levantado y el ojo fijo en el cronómetro de segundos espera que pasen



La Biblioteca.

Ficler

El revisor solda y unifica el trabajo de los primeros taquígrafos; comprueba el ajuste de las frases interrumpidas y sobre todo tiene buen cuidado con las «interrupciones» y los «movimientos.»

Finalmente el director del servicio M. Celestino Lagache, lo lee todo, y á falta del orador, hace sobre el conjunto un trabajo ortopédico.

M. Lagache, que ha sido diputado, sabe á qué atenerse acerca de la elocuencia parlamentaria. Regularmente no necesita leer el nombre del orador para conocer á quién pertenece la cuartilla; sabe de memoria los modismos de cada uno, como por ejemplo el *quant à moi*, de M. Emile Ollivier, el *permettez* de M. Thiers, el *à aucun degré* de M. Rouher, etc., etc.

Para saber mas aun que M. Lagache sobre la elocuencia parlamentaria, es preciso ser M. Maurel Dupeyré, jefe de servicio en el extracto analítico de las sesiones.

M. Maurel Dupeyré es un hombre providencial para los oradores. Nadie mejor que él en presencia de un discurso embrollado, sabe encontrar el pensamiento, la frase, la palabra que le formula; desembarazar la argumentacion de sus superfluidades y de una improvisacion enmarañada y difusa, sacar un análisis seguido y correcto que, resumiendo el discurso, le conserva con entera fidelidad su carácter, y le da con la comision una fuerza que no tenia: mas de un orador se ha quedado asombrado al ver que habia hablado tan bien.

Tres son las cualidades indispensables del extracto analítico de las sesiones: concision, exactitud, imparcialidad. Por lo que hace á las dos últimas, es irreprochable; la primera podria dejar algo que desear, pero hay que tener en cuenta que el extracto se halla tirado en sentido inverso por dos fuerzas igualmente poderosas, la prensa que le encuentra largo y la cámara que le encuentra corto.

Los secretarios redactores escriben por cuartos de hora; son cinco á renovarse, lo que les deja una hora para la redaccion. Los revisores escriben una hora. En este servicio todos son periodistas ó escritores (señores Letellier, Daudet, Claveau, P. Dhormoys, etc.)

El pupitre de los taquígrafos y la mesa de los secretarios redactores ocupan el pié de ese conjunto que llaman el *bureau* (la mesa) y que comprende el estrado del presidente, la mesa propiamente dicha (los diputados secretarios de la cámara) y la tribuna.

Casi toda la accion de la sesion se concentra en este sitio.

J. DE V.

(Se continuará.)

Revista de Paris.

Las fiestas menudean que es un portento. Además de los bailes de Tullerías y del Hotel de Villa, que figuran siempre á la cabeza de las grandes solemnidades del mundo parisiense, no hay personaje que no abra sus salones con un concierto, un baile ó una comedia. Luego tenemos tambien las diferentes colonias extranjeras que dan reuniones brillantes, y á las que asiste con especial agrado la sociedad parisiense. Por ejemplo, este año los bailes del general Dix, ministro de los Estados Unidos, tienen una boga extraordinaria, y los cronistas de las fiestas mundanas apuran el vocabulario de los elogios para celebrar la belleza de las jóvenes norte-americanas, que hacen el encanto de estas reuniones. Ya se habla de bailes de trajes, y sobre todo se anuncia como muy próximo el del ministerio de Negocios extranjeros, donde, como es sabido, echan el resto los aficionados á disfraces.

El gran baile del Hotel de Villa ha sido este año tan espléndido como de costumbre, y en él se han admirado las maravillas florales de los jardines de invernaderos que paga el municipio. El periódico el *Figaro* asegura que se han gastado en esta fiesta siete mil camelias blancas y encarnadas.

Preciso es haber visto los sesenta invernaderos del municipio de Paris, para formarse una idea de las riquezas florales de que dispone. Estos jardines de invierno, que así pueden llamarse, se encuentran en el bosque de Boulogne ocupando cuarenta y ocho mil metros de superficie, y contienen la friolera de dos millones de plantas, que una con otra salen á trece céntimos.

Doce años hace que se instaló el primero de estos invernaderos, y entonces se dudó que esta idea produjera buenos resultados; pero contra este mal presagio ha sucedido que su número ha ido subiendo hasta sesenta, que en el día se considera su espacio insuficiente, y que debajo de ellos están abriendo treinta mil metros de subterráneos.

Quince jardineros trabajan allí incesantemente en apresurar la produccion de las flores, y en tres ó cuatro dias obtienen plantas de algunas pulgadas, mediante ciertas combinaciones industriales.

Quinientas treinta especies comprende la coleccion de palmeras, entre las cuales las hay bellísimas; y de todo se elige lo mas precioso para adornar los salones del palacio municipal cada vez que se da una gran fiesta.

No es esto decir que los invernáculos en cuestion sirvan exclusivamente para tal objeto, sino que se destinan tambien sus productos á adornar los jardines de la capital conocidos con el nombre de squares, los cuales consumen anualmente un millon seiscientos mil plantas que se arrancan á fines de junio y se reemplazan con arbustos exóticos.

Claro es que todo esto cuesta mucho, y efectivamente, el gasto de los sesenta invernaderos del bosque de Boulogne, no baja cada año de millon y medio de francos.

Todas estas magnificencias reservadas á las altas clases de la sociedad de Paris, no hacen olvidar á estas que nos hallamos en medio de un invierno rigoroso y excepcionalmente cruel para las clases pobres. Así es que entre las grandes fiestas mundanas se consagran algunas á socorrer á los menesterosos; las peticiones de las alcaldías de Paris son bien acogidas en los barrios opulentos, y todo sirve de pretexto para improvisar socorros.

La misma municipalidad de Paris, que gasta tanto dinero en camelias y palmeras, ha tomado este invierno una decision altamente filantrópica. Todos los colchones, mantas y objetos de cama empeñados en el Monte de Piedad desde el 1º de noviembre último hasta el 21 de enero inclusivamente, han sido entregados gratis á sus dueños. El emperador habia dado este laudable ejemplo, pues habiendo sabido que en los primeros dias de enero, mas de quinientas familias empeñaron objetos de cama en el Monte de Piedad, envió inmediatamente al prefecto de policía la suma necesaria para pagar la deuda de estas pobres familias.

Por lo demás, pobres y ricos hallan siempre en Paris algun entretenimiento. Verbigracia, estos dias la poblacion parisiense está muy ocupada con la *Cuestion romana*. Esta cuestion romana, como la llama su inventor, que es hombre que debe felicitarse de su triunfo, se compone de dos anillos que es preciso hacer maniobrar sobre una armadura de alambre de una complicacion suma. Es un juguete, pero un juguete que ha caído en gracia, pues grandes y chicos no hacen otra cosa, lo mismo en las casas que en las calles, que dar vueltas á los alambres para que entren y salgan las dos sortijillas.

Visto el gran éxito de la invencion que se vende á miles, acaban de salir á la luz la cuestion mejicana, la cuestion alemana, la cuestion holandesa, etc., etc., el mismo juguete con variantes. Hé ahí lo que en la actualidad absorbe la atencion general de los parisienses.

Desde principios de año las ventas públicas de objetos de arte se suceden en Paris casi sin interrupcion, y se observa que los aficionados se van cansando de pagar precios exorbitantes, hasta por las obras que verdaderamente tienen un gran valor. Así estos últimos dias se ha vendido la preciosa coleccion de cuadros de Khalil-bey, en donde habia obras de los autores mas notables de la escuela moderna francesa, y el total de la venta no ha llegado á 650,000 francos, cuando parece ser que Khalil-bey habia gastado mas de un millon en formar su preciosa galeria, que era la admiracion de cuantos inteligentes la visitaban.

No hay extranjero que no envíe á Paris sus colecciones cuando quiere desprenderse de ellas, y naturalmente el mercado se resiente de la abundancia.

El domingo último ha tenido lugar en la alcaldía del 4º distrito de Paris, una ceremonia digna de señalarse, porque ella prueba cuánto se hace aquí para instruir á las clases adultas, que en los círculos inferiores de la sociedad tienen gran necesidad de estimulantes.

Tratábase de una distribucion de recompensas á los alumnos de las clases adultas comunales de dibujo, que paga la municipalidad de Paris, recompensas que fueron acordadas á consecuencia del concurso general de 1867.

El ministro de Instruccion pública, M. Duruy, asistia á la ceremonia, y á su lado estaban los señores Dumas, Brongniart, Robert-Fleury, Signol, Hebert, etc.

Los alumnos orfeonistas de los coros de adultos cantaron un coro, y despues el presidente de la sesion, M. Merruau, pronunció un discurso muy notable, en el cual señaló todo lo que ha hecho el gobierno para propagar el estudio del dibujo entre los obreros que se dedican á las industrias parisienses. Estas industrias que tanto honran en todo el mundo á la habilidad y el buen gusto de los trabajadores de la capital, tienen su historia que M. Merruau bosquejó en los siguientes términos:

«Desde los primeros siglos de nuestra historia, Paris, donde el célebre Eligio, San Eloy, habia fundado talleres, se envaneció con su platería, y posteriormente cuando los reyes fijaron su estancia en esta ciudad, todas las industrias en las que entra el arte florecieron á porfia. Plateros, joyeros, ebanistas, armeros, alfareros, iluminadores, etc., llenaban las iglesias, los palacios, los monasterios y las casas ricas con mil obritas de elegancia y de gusto. Los miniaturistas é iluminadores parisienses tenían mucha fama, y el Dante les consagra un pasaje en uno de sus poemas. Seria infinito recordar aquí las maravillas que en la edad media creó el dibujo en Paris; y no menos difícil enumerar las diversas especies de obras nacidas de la union del arte y de la industria en el renacimiento y en las épocas que siguieron.»

El orador recuerda distintos nombres célebres, y despues de aconsejar á los obreros que mantengan estas tradiciones y las reanimen incesantemente, concluyó con estas palabras:

«Para comprender lo bello, elevad sin cesar vuestras almas, purificad vuestras ideas, no os apartéis de ningun noble sentimiento; recordad, por ejemplo, que el sentimiento religioso, el amor á la patria inspiraron las mas bellas obras.»

Repartieron los premios, y el ministro de Instruccion pública terminó la ceremonia con un corto discurso en el que dijo: «Los grandes pueblos no son aquellos que reunieron mas riquezas, sino los que supieron elevar á mayor altura el arte y el pensamiento.»

Los elementos de instruccion no escasean en Francia.

De un documento oficial publicado últimamente, resulta que la Biblioteca Imperial de Paris ha hecho magníficas adquisiciones durante el año de 1867, adquisiciones que casi exclusivamente se componen de donativos de particulares; vamos á señalar á continuacion las principales de estas riquezas:

Primeramente se cita el nombre de M. Braumuller, librero editor de la universidad de Viena que ha tenido la generosa idea de disponer en favor de la Biblioteca Imperial de Paris de los 88 tomos que formaban la exposicion de su casa en el palacio del Campo de Marte. Todos estos volúmenes forman una preciosa coleccion de obras de artes y ciencias debidas á los autores mas acreditados de la Alemania.

Tambien se indican como procedentes de la Exposicion universal estos donativos:

De M. Gust Emich, editor en Pesth, la reimpression de una crónica nacional húngara, ejecutada con una rara perfeccion tipográfica, y adornada con cromolitografías que reproducen antiguas miniaturas y ornatos caligráficos; — de la comision de la Confederacion argentina, obras de historia y de literatura; — del encargado de negocios de Hawaii, en nombre de la comision evangélica y de dos editores de la colonia, diez y nueve obras en lengua del pais, la mayor parte impresas en Honolulu.

Aquí debe figurar la mencion de un envío de Su Majestad el emperador de Austria que, en memoria de su viaje á Paris, ha querido regalar á la Biblioteca Imperial varias magníficas obras procedentes de las prensas de la imprenta imperial de Viena, regalo espléndido.

Todas estas obras han entrado en la seccion de impresos que, por otra parte, se ha enriquecido igualmente con una coleccion de obras en lengua francesa impresas en Quebec y en Monreal, dadas por M. Chauveau, superintendente de instruccion pública en el bajo Canadá; — con dos obras relativas al descubrimiento y á la historia de América (NOTES OF COLUMBUS, — BIBLIOTHECA AMERICANA VETUSTISIMA), de una ejecucion tipográfica muy notable, regaladas por M. Harris, de Nueva York.

En la seccion de manuscritos un interés particular recomienda dos colecciones sobre las cuales damos algunos detalles, y que han entrado á formar parte del fondo chino de esta seccion, que es uno de los mas considerables de las bibliotecas de Europa.

M. Fontanier, canceller intérprete de la legacion francesa en Pekin, le ha enriquecido con las marcas sobre papel de cincuenta y una inscripciones chinas.

La otra coleccion proviene de una expedicion dirigida en las costas de Corea por el almirante Roze.

Compónese esta última de tres inscripciones en placas de mármol, en chino cursivo, de una inscripcion en hojas de jade dispuestas en forma de biombo, de ocho rodillos sobre papel pegado en seda, de cuarenta y cinco volúmenes xilografiados como todos los libros chinos, y finalmente, de doscientos noventa y siete manuscritos tambien en chino.

Los demás fondos de la seccion de manuscritos han recibido los diversos documentos que siguen; del abate Bourret, profesor de la facultad de teología, varios papeles procedentes de los últimos benedictinos del convento de los Blancs Manteaux, que completan las colecciones históricas debidas á esta sabia congregacion; de la Sociedad asiática de Paris, dos manuscritos georgianos; de M. Peigné-Delacourt, un cartulario de la abadía de Foigny, del siglo XII, y una copia sacada del original que se conserva en la biblioteca de Oxford, del manuscrito de la vida y milagros de San Eloy; y por último, de M. Geoffroy, capitán de línea, un manuscrito árabe que contiene extractos de los libros sagrados de los Drusos.

La seccion de medallas y antigüedades ha recibido una coleccion de cincuenta y dos lámparas antiguas de tierra cocida, de la época cristiana, debida al señor Castellani, anticuario de Roma, y algunos objetos antiguos legados por M. Marcote Genlis, entre los cuales figuran una estatuilla de Apolo, de bronce, y una gran copa etrusca.

Otros muchos regalos hechos por diferentes personas, han contribuido á llenar los distintos vacíos que existian en las colecciones numismáticas.

La seccion de las estampas ha recibido tambien diferentes donativos: M. Picot ha regalado cinco piezas grabadas ó fotografiadas, que son otras tantas copias de cuadros del donador: M. Rochebrune distintos grabados hechos por él al agua fuerte; M. Haussollier, trece pruebas de sus grabados, y M. Achard ocho paisajes al agua fuerte.

Finalmente, la série de obras de los grabadores se ha enriquecido gracias á la generosidad de M. Maherault, con la obra completa de Soubeyran, compuesta de 128 piezas y de la cual el gabinete poseia un número muy limitado.

Otros muchos envíos han enriquecido las colecciones de la Biblioteca Imperial; pero omitimos su enumeracion, pues los citados ya dan á conocer la importancia de las adquisiciones hechas en 1867.

Pasemos á los teatros.

Esta vez tenemos una novedad en los Italianos, si así puede llamarse una ópera que hace mas de treinta años se cantó en Italia. Sin embargo, como jamás se habia representado en Paris, verdaderamente la conviene este nombre. Titúlase esta obra el *Templario*, y es del compositor Nicolai, autor que no ha disfrutado nunca de una gran fama.

El argumento está sacado de la conocida novela de Walter Scott, *Ivanoe*, y estriba naturalmente en el rapto de Rebeca, cometido por Brian de Bois Guilbert, caballero templario. Hay tambien la prueba del combate en la que Wilfrido, defensor de Rebeca, sale triunfante de Bois Guilbert,



PERIODICO DE LAS NOVEDADES ELEGANTES, DESTINADO A LAS SEÑORAS Y SEÑORITAS

FIGURINES DE MODAS ILUMINADOS. — PATRONES. — CRONICAS DE LA MODA. — MODELOS DE TRAJES. — LABORES A LA AGUJA, TAPICERIAS, CROCHETS, BORDADOS, TOCADOS, ETC.

Crónica de la Moda.

SUMARIO. — Abundancia de novedades. — Un traje de presentación en la corte, notable por su lujo y elegancia. — Los colores á la moda: el verde Metternich y el granate rosado. — Un traje de raso Metternich. — Diferentes modelos de vestidos de raso. — La tarlatana blanca con rizados azules para las señoritas jóvenes. — Los encajes de plata. — Los fichus Maria Antonieta para soirée ó teatro. — Fichus de crespón de tul y de muselina. — Ves-

tidos de interior, de comida ó de calle. — La polaca de terciopelo negro. — Los adornos dorados. — Los sombreros. — Las nuevas formas de la crinolina en 1868. — Dos palabras sobre las joyas.

Las modistas de Paris tienen en la actualidad larga y complicada tarea. Trajes de corte, de presentación, de baile, de comidas de etiqueta, disfraces, vestidos de calle y de visita, todo esto se confecciona simultáneamente en la época que atravesamos, toda ella de ruido y de fiestas.

En medio de tantos modelos en que elegir, apenas sabemos á cuáles hemos de dar la preferencia.

Hé aquí, por ejemplo, un traje de presentación en la corte que es una maravilla de lujo y elegancia.

El vestido era de faye de color de rosa y formaba una cola inmensa. El delantero estaba abullonado de tul rosa retenido con cuerdas de plata que formaban sesgos y lazos. Una gruesa ruche de tul orlada de raso seguía al borde de la falda. La cola era de raso de color de rosa con adornos de bullones de tul, ruches de raso, cuerdas de plata y blonda blanca. El forro era de raso blanco y los contornos estaban dentados con grandes cocas.

El cuerpo de raso rosa estaba guarnecido de blonda con ruche y cuerda de plata.

Un velo de etiqueta de tul con hilillo de plata acompañaba á este suntuoso traje.

El mismo vestido acompañado de un manto de corte ha sido ejecutado también en faye gris con raso del mismo color.

Dejando ya estos trajes imponentes, diremos que los colores mas en boga son el verde Metternich y el matiz granate rosado.

El primero sirve para componer preciosos prendidos de baile, y el otro para trajes de calle y de teatro.

Hemos visto un traje de raso verde Metternich guarnecido en el bajo de la falda con cinco sesgos de crespón del mismo color y de raso alternados.

Sobre esta falda cae una túnica del mismo crespón, recogida cinco veces á la Camargo con draperías huecas, fijadas con cinco ramas de lilas color blanco, sostenidas cada una con un grupo de lazos de cinta de raso, número 7.

Es imposible pintar la gracia infinita y la ligereza de estas monturas de flores; no se ha visto nada mas delicado.

Completaba este traje un corselete de raso velado de crespón, y luego por arriba del corselete habia una drapería alternada de raso y crespón en medio de la cual caía por delante un ramo de lilas.

Sobre las mangas habia un adorno de las mismas flores y muchos lazos de cintas.

Otro vestido es de raso azul, guarnecido por delante con un delantal formado de arriba abajo, desde el

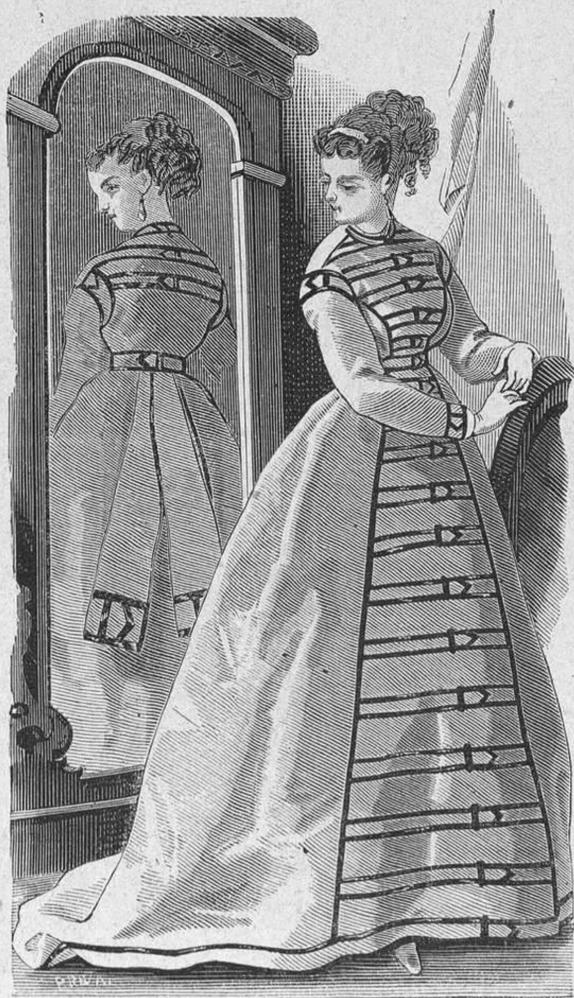
plastron del cuerpo por una serie de sesgos de crespón azul y raso sobrepuestos en V.

Sobre este delantal viene á separarse una túnica de crespón.

Una cinta número 16, puesta á cada lado hácia la cintura vuelve á bajar sobre el borde de la túnica.

Cuerpo de raso cubierto de sesgos dispuestos como sobre la falda.

Arriba drapería de tul blanco sembrada de capullos de rosas. Otros capullos de rosas se ven sobre los lados en los lazos de cinta.



Nº 1. Traje de casa.



Nº 2. Traje de paseo.

Otro traje es de raso cereza y le acompaña una túnica de terciopelo negro, cortada aplastada por delante y por detrás. Esta túnica va abierta por delante en el medio.

Todo al rededor hay una orla de sesgos-rulós de raso cereza y de rulós mas pequeños.

Cuerpo alio de raso cereza, y corselete de terciopelo dependiente de la túnica y abierto por delante.

Mangas dobles, la primera de raso y la segunda de terciopelo negro flotante.

Para señorita muy jóven hemos visto dos trajes de tarlatana blanca, rizados de azul sobre los lados.

Este rizado puesto derecho, sube sobre los hombros formando tirantes, y estos tirantes ó rúches, son de raso y están guarnecidos con un cordon de perlas.

Sobre las caderas la falda de tarlatana va recogida ligeramente por medio de fruncidos.

Falda de debajo de seda.

Mangas Desdemona, flotantes, cruzadas por detrás debajo de un lazo de cinta de raso azul, con estrella de perlas en medio.

Cuerpo escotado y fruncido á la griega.

Otro traje es de faye color de rosa en la primera falda, y lleva en el bajo anchos redondeles de raso rosa cortados en medio por un sesgo de faye.

Túnica corta de faye rosa, guarnecida en el bajo con cinco sesgos de raso blanco y una franja de perlas.

Corselete cortado en punta por delante y por detrás, orlado de sesgos de raso. Por arriba crespon de raso rizado, sobre el cual cae una franja rizada.

Mangas de color de rosa de crespon abullonado, atravesadas con pequeños rulós de raso rosa.

Otro vestido es de raso verde Metternich, velado con una túnica de crespon verde, listado con bandas de entredos de blonda blanca.

Cuerpo de raso adornado con un rombo de crespon verde listado de blonda.

Sobre los lados de la falda un ramaje polvoreado de diamante, adorno que se repite en lo alto del cuerpo.

Mangas cortas de raso abullonadas de crespon, listado de entredos de blonda.

Este traje es precioso con encaje de plata en lugar de blonda.

Para *soirée* ó teatro se llevan muchos fichus: María Antonieta, unos de muselina ricamente guarnecidos de encaje y otros de tul adecuados á los prendidos.

Así hay fichus de este género, crespon liso verde,



Nº 3 Tocado-colibri.

Otro es negro cubierto de encaje de Chantilly, adornado á la cabeza con rulós de raso violeta.

Sobre los hombros serie de bullones aplastado, de terciopelo violeta.

Otro es de muselina muy clara formando anchos pliegues de 4 centímetros, entre los cuales cae un cordon de follaje hecho de valenciennes.

Al rededor volante de muselina, cubierto de aplicaciones de encaje.

Debemos á nuestras lectoras modelos de las novedades de Paris en todos los géneros.

Hé aquí un traje de interior que se compone de una primera falda blanca de cachemira, y luego de otra azul abierta de lado y guarnecida con una alta banda cachemira de la India, bordada sobre fondo blanco.

Un cordon blanco rodea el talle y recoge por un lado la falda azul.

Cuerpo azul escotado á la alemana sobre otro cuerpo alto de cachemira blanco, que lleva al rededor de la escotadura tres hileras de pequeñas bandas de cachemira sobre fondo punzó formando collar.

En torno del cuerpo azul escotado á la alemana hay dos hileras de banda cachemira, fondo blanco, y en el bajo de la primera falda tres hileras de banda de cachemira fondo punzó.

Mangas Margareth, azules por arriba y por abajo, con un gran bullon de cachemira blanco en el codo y un abullonado blanco en torno de la sisa: un cordon blanco de lana parece retener el bullon del codo.

Un vestido para comida de etiqueta se compone de una primera falda de paño del Campo de Marte, rosado, sobre la cual cae, cortado al estilo chino, un paño de terciopelo negro, orlado de galon de oro.

Un grueso lazo de terciopelo negro polvoreado de perlas de oro, retiene las aberturas de la túnica china, de la cual depende un corselete muy bajo, guarnecido por arriba con un galon de oro y cortado en corazon por delante.

Corpiño interior rosa, de forma alta, adornado por arriba con tres hileras de follaje ligero, de encaje de Chantilly.

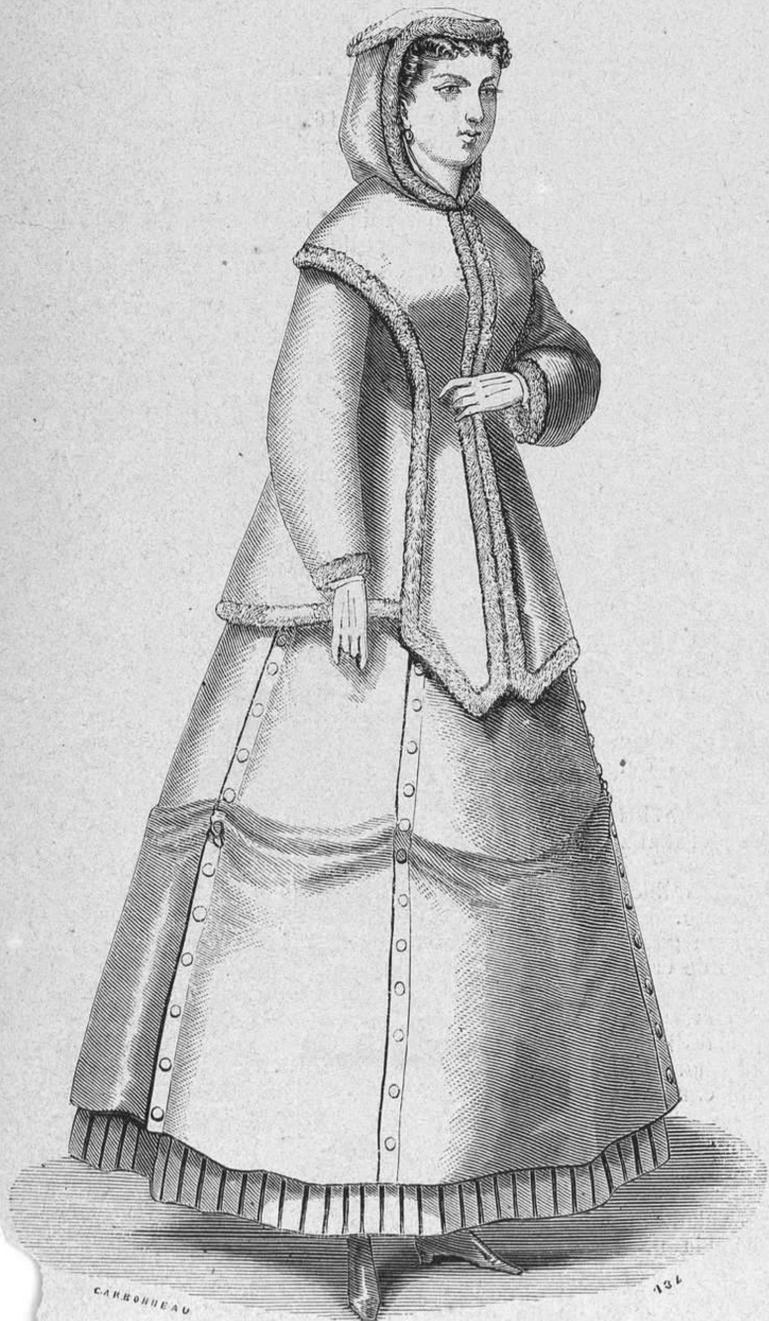
Mangas de color de rosa de raso, justas al brazo, guarnecidas por arriba y por encima del codo con follaje ligero de encaje de Chantilly, dispuesto en tres brazaletes.

Mangas largas, estilo pagoda, de terciopelo negro, guarnecidas con un ligero galon de oro.

Otro traje tiene la primera falda de raso negro, y

formando bullones, separados con cordones de follaje de terciopelo verde muy diminutos.

Los de tul son blancos y van cubiertos de menudas rúches de tul polvoreadas de diamante. De trecho en trecho se ve una hojita de raso rosa recortada, ribeteada de terciopelo.



Nº 4. Traje de calle.



Nº 5. Traje de comida.

lleva hacia el bajo un cordon de hojas secas, que se hacen de faye bismark, blonda, etc. Estos follajes van ribeteados de terciopelo de un color adecuado.

Polaca de terciopelo negro, cerrada por delante á la rusa, esto es, al sesgo. La escotadura está cortada de modo que forma corazon sobre un cuerpo interior de raso negro.

En todos los bordes de la polaca hay un follaje de guipure con venas de azabache.

Mangas de raso negro, y por encima otras mangas de terciopelo negro, abiertas en la sangría de arriba abajo.

Esta segunda manga cortada cuadrada por abajo, queda á voluntad, flotante ó se sostiene con dos hermosos camafeos de encina de Irlanda, el uno colocado en la sangría y el otro en la muñeca. En todos los bordes de la manga hay un follaje de guipure con venas de azabache.

Para completar esta coleccion, cúmpenos citar los de calle. Las pieles siguen, como hemos dicho ya, á la orden del dia. Las señoras elegantes llevan vestidos de terciopelo enteramente forrados de pieles muy ligeras.

Tambien se hacen vestidos de paño de todos colores adoptados generalmente para salir por la mañana.

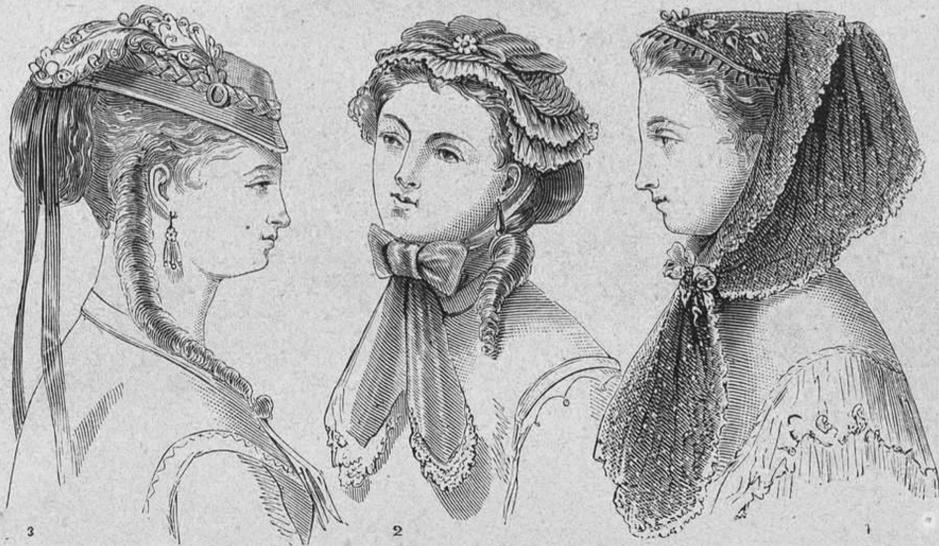
Estos trajes se hallan recogidos de diferentes modos con botones de metal, pues todo lo que reluce ha venido á adquirir una boga extraordinaria: dorados en los tocados y en los sombreros, dorados en los trajes; lo mismo los trajes de vestir que los de baile reciben todos los caprichos de un lujo exagerado.

Los sombreros se siguen haciendo muy pequeños; mas parecen tocados que sombreros.

Citaremos varios modelos á la última moda.

El primero es de terciopelo granate color de rosa, de una forma tan diminuta que casi desaparece bajo un adorno de cabeza, de plumas blancas rizadas.

Por delante hay una diadema de terciopelo granate rosa respunteada de perlas finas. Barbas de plumas blancas, puestas sobre terciopelo granate rosa.



Nº 6. Modelos de sombreros.

Otro modelo no menos lindo, es de terciopelo real azul claro, guarnecido por delante con una diadema de pluma-sauce polvoreada de oro.

Por detrás lazo de terciopelo azul, con estrella de brillantes. Barba de blonda azul, y en el punto en que se atan ramillete de pluma.

Otro llamado Mantilla, es una obra maestra de delicadeza y de gracia.

Este es de tul blanco con draperías, adornado con una mantilla ó velo de punto de Inglaterra, que se fija bajo la barba con un grupo de frutas de terciopelo punzó realzado de oro.

Habiase creido que la crinolina ó miriñaque estaba en decadencia; pero nada de eso, en el año que principia está mas en boga que nunca, y es de creer que vivirá largo tiempo aun, porque á decir verdad, no puede suprimirse, sobre todo para los trajes de calle.

Lo que sí se hace es inventar nuevas formas. Además de la crinolina Emperatriz, reservada para los vestidos cortos, toda señora elegante necesita la de forma Luis XV

para sostener las largas colas de nuestros vestidos de baile, y la forma Regente con resortes que pasa de arriba abajo; esta forma acentuada exige la moda de ldia.

La enagua de crin con volantes y bandas es tambien de buen uso para casa, pues sostiene suficientemente los trajes de interior y no forma pliegues incómodos.

En cuanto á las enaguas de color se hacen de varias telas, de cachemira lisa, de popelina, de tartan escocés, de seda y hasta de felpilla y terciopelo.

Concluiremos con dos palabras sobre las joyas.

Todas las señoras tienen pasion por las joyas, y nada mas natural, pues á todas las sientan perfectamente.

¿No son por ventura el complemento de la belleza? Seguramente la que no es bien parecida no se hará encantadora porque se cubra de pedrerías; pero lo cierto es que con las alhajas una mujer bonita estará mas bonita todavía. Los pendientes

aumentan el brillo de sus ojos, y el centelleo de los brillantes que producen los movimientos de cabeza es de una gracia infinita. Los collares y los brazaletes hacen que el cutis parezca mas blanco, y las diademas embellecen de un modo muy notable.

Ahora en Paris no basta tener joyas, sino que es preciso que las monturas sean artisticas. En el último baile de Tullerías habia un lujo extraordinario de piedras preciosas, y se vieron allí de esos aderezos que han sido premiados en la Exposicion como obras de arte.

JULIA.

Descripcion del figurin iluminado que acompaña á este número.

El primer traje se compone de un vestido imperio escotado con cola y bordados en el borde inferior de la



Nº 7. Traje de baile.



Nº 8. Traje de calle.

falda. Cuerpo pequeño de raso azul que cubre el cuerpo de la falda de muselina. Este cuerpo está fruncido al través, y los fruncidos están retenidos por una ancha cartera colocada en medio del pecho. El adorno es blanco dentado y fantasía de oro con una puntilla para suavizar el ornato que se dobla en la cintura y siguen unas largas puntas que caen por detrás del talle. El vestido de muselina está puesto sobre un viso azul. En la cabeza una rosa blanca con bandó. Pulseras de oro y guante blanco.

La segunda figura lleva un traje de muselina sobre viso de raso color de rosa; volante muy alto bordado sujeto con una ruche de raso. Cuerpo imperio escotado en forma cuadrada, y sin mangas. La guarnición se compone de unas largas faldetas, y en lo alto del cuerpo aparece un follaje negro con botón de oro. Cinturón de raso anudado por delante. Tocado empolvado, con adorno de plumitas derechas. Guante blanco.

Trajes, tocados, labores y demás cuyos dibujos se intercalan en el texto.

Nº 1. Traje de casa.

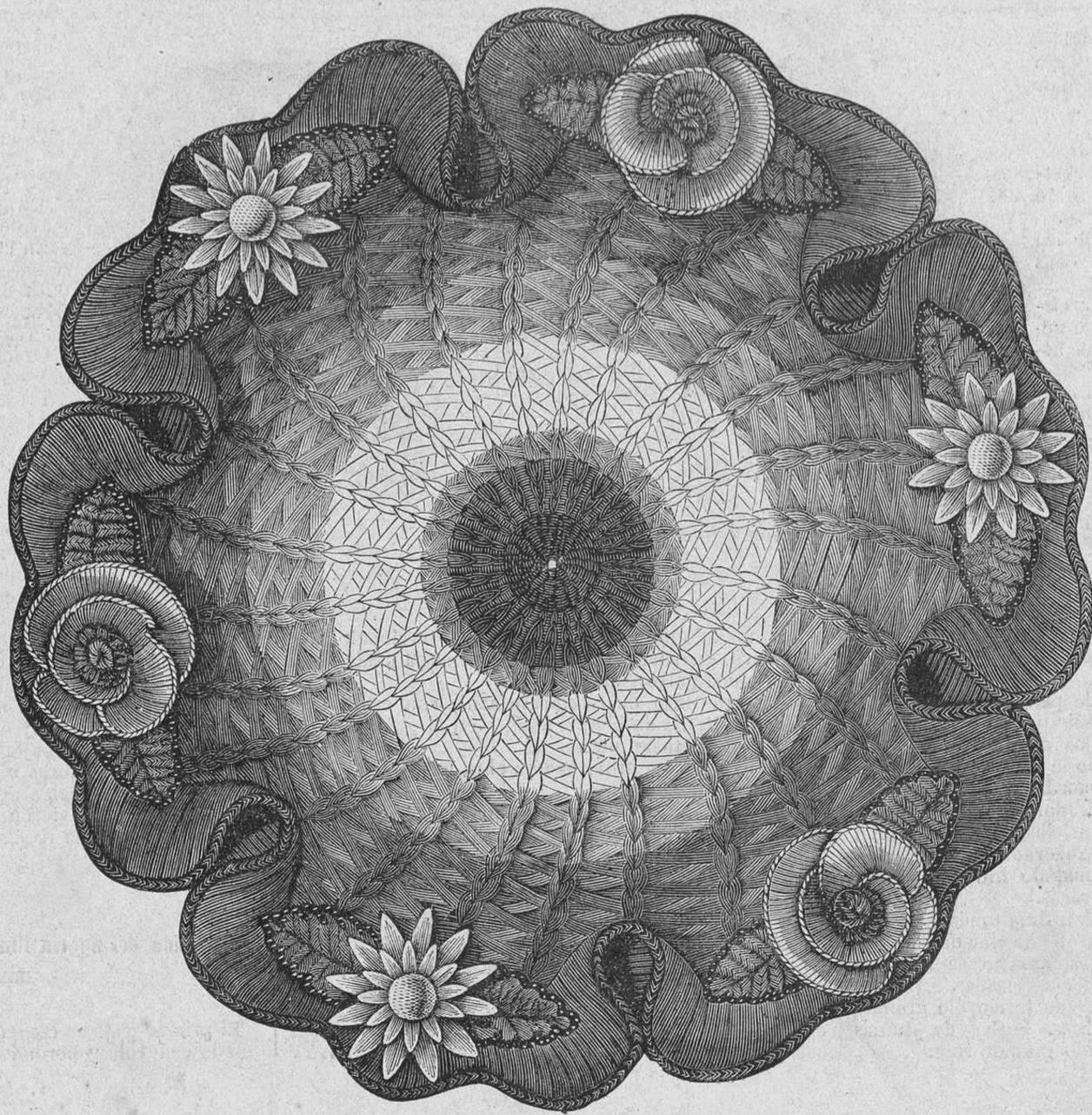
Toda señora elegante debe tener una colección de trajes bien distintos, y entre ellos no debe faltar el modelo de los vestidos de casa. La fig. nº 1 lleva uno de estos trajes de interior que usan actualmente las parisienses. Compónese de un vestido de popelina de seda color de abeja dorado, guarnecido de listas de terciopelo formando hebillas por delante; cuello derecho, mangas lisas y ajustadas, y bandó de azabache en la cabeza.

Nº 2. Traje de paseo.

La fig. nº 2 lleva un sencillísimo traje de paseo, de los que hoy están en boga. El vestido de gró negro está guarnecido de piel de marta-zibelina. La segunda falda no lleva más que un ribete al borde; pero la primera forma á cada lado un paño cuadrado orlado de marta, y los paños de delante están fruncidos á cada lado. El cuerpo es liso y de talle redondo; las mangas son derechas y con bocamangas de marta. Pequeño paletó de terciopelo negro, corto por detrás, con puntas cuadradas por delante y guarnecido de marta. Manguito-bolsa de terciopelo y pieles. Sombrero de terciopelo negro, con adorno de follaje de oro sobre el lado. Los pendientes son anillos criollos de oro mate. Cuello y mangas de tela lisa.

Nº 3. Tocado-colibrí.

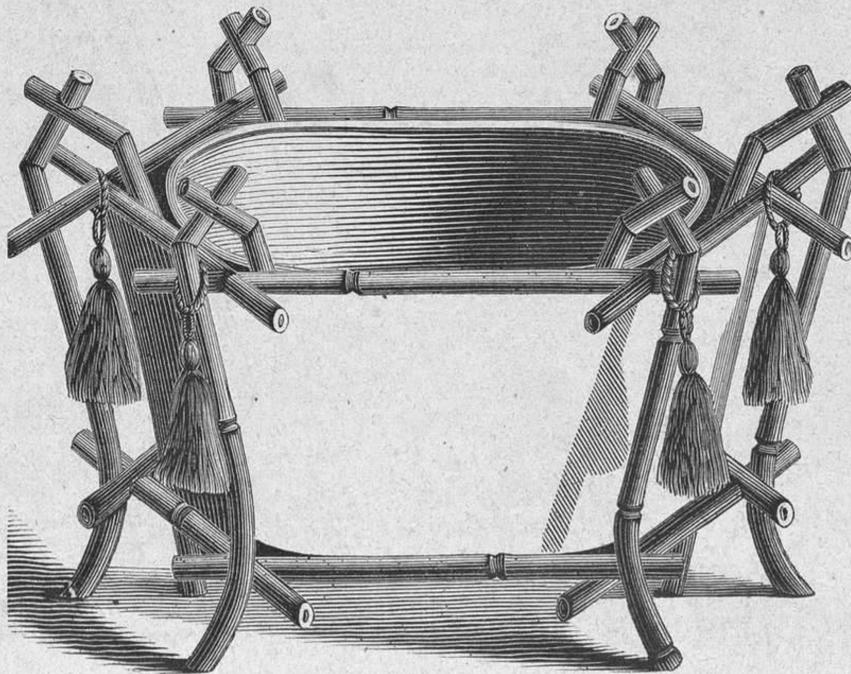
Hé aquí la joya á la moda adoptada este año por las parisienses elegantes: el colibrí. Todos los que han visitado la Exposición universal, han podido observar en los escaparates de la joyería francesa, ese precioso pajarillo, que ofrece como una verdadera constelación de pedrerías. Copiado del natural, este pajarillo es una armoniosa mezcla de brillantes, rubíes, esmeraldas y zafiros. Esta joya artística obtuvo un gran triun-



Nº 9. Platillo para lámpara ó frasco.

Nº 4. Traje de calle.

La fig. nº 4 lleva un traje de calle muy sencillo, hecho de paño verde oscuro. La capelina, guarnecida de



Nº 10. Jardinera de bambú.

piel de astrakan, forma esclavina por detrás y tiene largas puntas por delante. El vestido es de un largo ordinario y va recogido con botones; en cada paño hay una lista de terciopelo negro con una hilera de botones de azabache tallado. Paletó derecho guarnecido de astrakan, y enagua de cachemira verde plegada.

Nº 5. Traje de comida.

Hé aquí un traje de comida de etiqueta que señalamos especialmente á la atención de nuestras lectoras. El vestido es blanco de poul de seda, y la falda de cola está guarnecida de rulos de raso dispuestos en forma de ramajes de coral; el cuerpo escotado y de faldetas está rodeado de un ancho sesgo en el cual hay rulos de raso dispuestos del mismo modo que los de la falda. Este mismo traje puede hacerse igualmente de color gris claro con raso encarnado ó violeta, ó de color de maíz con rulos de raso negro ó azul.

Nº 6.

Modelos de sombreros.

El nº 1 es un sombrero-mantilla de terciopelo negro y encaje negro, guarnecido por encima y por debajo. El nº 2 representa un sombrero Carlota de terciopelo azul y blanca. Lazo de terciopelo sobre lo alto y estrella de acero. Cintas de terciopelo azul, rodeadas de blonda en el bajo. El nº 3 es un sombrero de caza de fieltro gris. Trenza de terciopelo encarnado, que termina con dos puntas largas y pluma La Vallière colocada á un lado.

Nº 7. Traje de baile.

La fig. nº 7 lleva un traje de baile tan rico como distinguido. Compónese de tres faldas de tul; la primera simplemente abullonada, y la segunda recogida sobre los lados y prendida con un broche de oro. Cuerpo-túnica de raso blanco muy escotado, con camisolín bordado. El cuerpo está rodeado de galones de oro puestos sobre un sesgo. Cinturón formado de galones dorados. También el tocado se compone de galones de oro. En el cuello, por todo adorno una gruesa cadena con medallón de oro mate.

Nº 8. Traje de calle.

El vestido que lleva la fig. nº 8 es de paño gris con cuerpo de pieza recortada. La primera falda es de faille gris del mismo tono que el paño, y la segunda, lisa por delante, hace pliegues por detrás, y está cortada por el bajo formando grandes rombos. Adornos de cordoncillo y de pasamanería.

Nº 9. Platillo para lámpara ó frasco.

Materiales para el par: Lana de Sajonia 5 hilos, de cuatro matices de verde, 15 gramos de cada matiz; lana ne-

gra, 10 gr.; lana inglesa punzó, 15 gr.; lana de Sajonia blanca, 15 gr.; 2 ovillos de lana amarilla; 6 corazones de amapolas; laton bruto y laton blanco; un molde chato de boj.

El fondo de estos bonitos platillos de lámpara ó de frasco se hace al crochet ordinario mallas dobles, el crochet cogido en la malla entera y esta malla mantenida muy floja. Se principia por el centro con la lana verde mas oscura, y se aumenta de modo que el redondel quede bien llano. Hay que dar tres vueltas con la lana oscura, cuatro con el segundo matiz verde, dos con el tercer matiz, seis con el cuarto, luego tres con el tercero, en fin, cinco con la lana mas oscura. Esto termina el fondo, que debe tener 21 centímetros de diámetro.

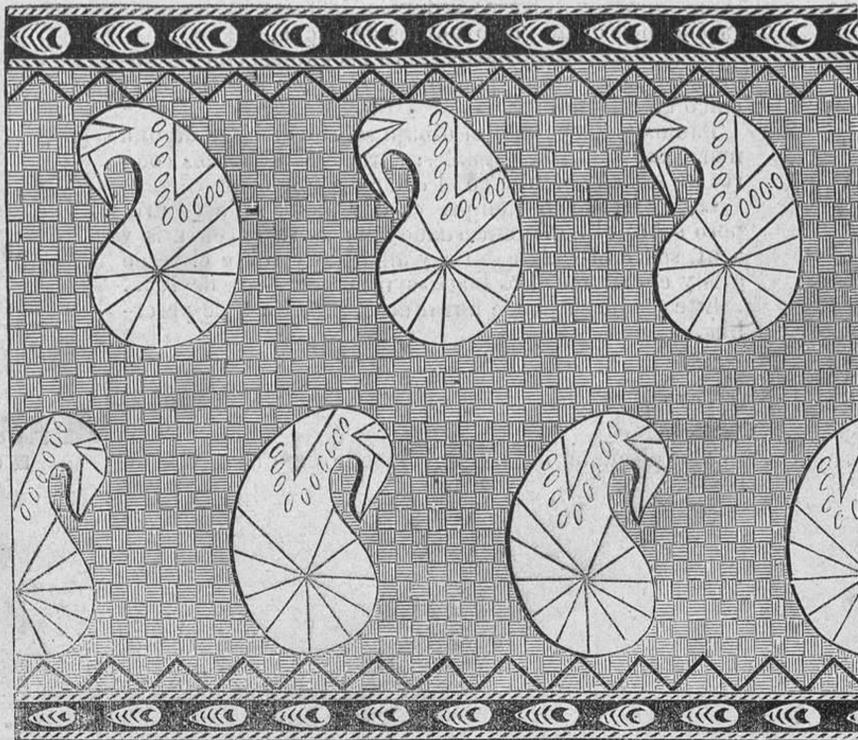
Para la guarnicion se hace una faja sobre el molde chato, con la lana de verde medio. El molde debe tener 3 centímetros de anchura; se arrolla alambre de laton en dos pedacitos de madera. Se tiene el molde con la mano izquierda, y con la mano derecha se vuelve la lana al rededor; se reunen los cabos de los dos alambres de laton y se atan á la lana; luego, cada vez que al volver la lana se trae la hebra bajo el molde delante de sí, se pasa uno de los cabos de alambre de laton por debajo y el otro por encima, de modo que se crucen y se fijen los bucles de lana sobre el molde.

Cuando se ha llenado así todo el largo del molde se dejan resbalar los bucles de lana, conservando algunos, y se continúa cubriendo el molde de bucles de lana, hasta que se tenga una franja bastante larga. No hay que apretar mucho la lana en torno del molde. El lado libre de los bucles se mantiene con una hilera de cadeneta que se hace al pasar el crochet en los bucles con la lana verde oscuro.

En el fondo debe haber un redondel de carton forrado de percalina verde. Se cose la franja sobre el borde formando cocas, y en estas cocas se colocan á distancias regulares, tres margaritas y tres amapolas; cada flor rodeada de dos hojas hechas al crochet.

Se procede para hacer la margarita como acabamos de explicar para hacer la franja. Se toma lana blanca, y cuando se ha formado un buen número de bucles sobre el molde, se les hace resbalar y luego se forman los pétalos de la margarita, sujetando estos bucles tres á tres con un lacito de seda blanca en su extremidad superior. Se hace el corazon de la flor replegando unas veinte veces una hebra de lana amarilla sobre un largo de unos 5 centímetros; se pliega el pequeño haz en doble, se le sujeta en medio, y luego un poco mas arriba, con alambre; despues se igualan bien los cabos de lana con tijeras, y se dividen todas las hebras pasando por ellas la punta de las tijeras, hasta que se queden suaves y lisas como terciopelo. Entonces se toman los pétalos preparados y que están todos juntos, y se arrojan en torno del corazon en dos hileras.

Las amapolas se hacen con la lana inglesa punzó. Tambien se preparan sobre el molde, con la diferencia que el lado trabajado con el alambre



Nº 11. Bordado de la jardinera.

de laton es el que hace el borde de los pétalos; el cabo libre se aprieta con un poco de hilo y se arrolla en torno del corazon. Tambien los venden hechos naturales y secos; en su derredor se disponen las estampillas, que son de hilo negro gomado.

Para hacer las hojas se monta una cadeneta al crochet, de lana verde; se vuelve por encima en barritas de tamaños graduados para formar una hoja puntiaguda; se hace lo mismo á cada lado de la cadeneta que marca la nervadura de la hoja, y en torno de la hoja se da una vuelta de mallas simples con la lana negra.

Nos 10 y 11. Jardinera de bambú.

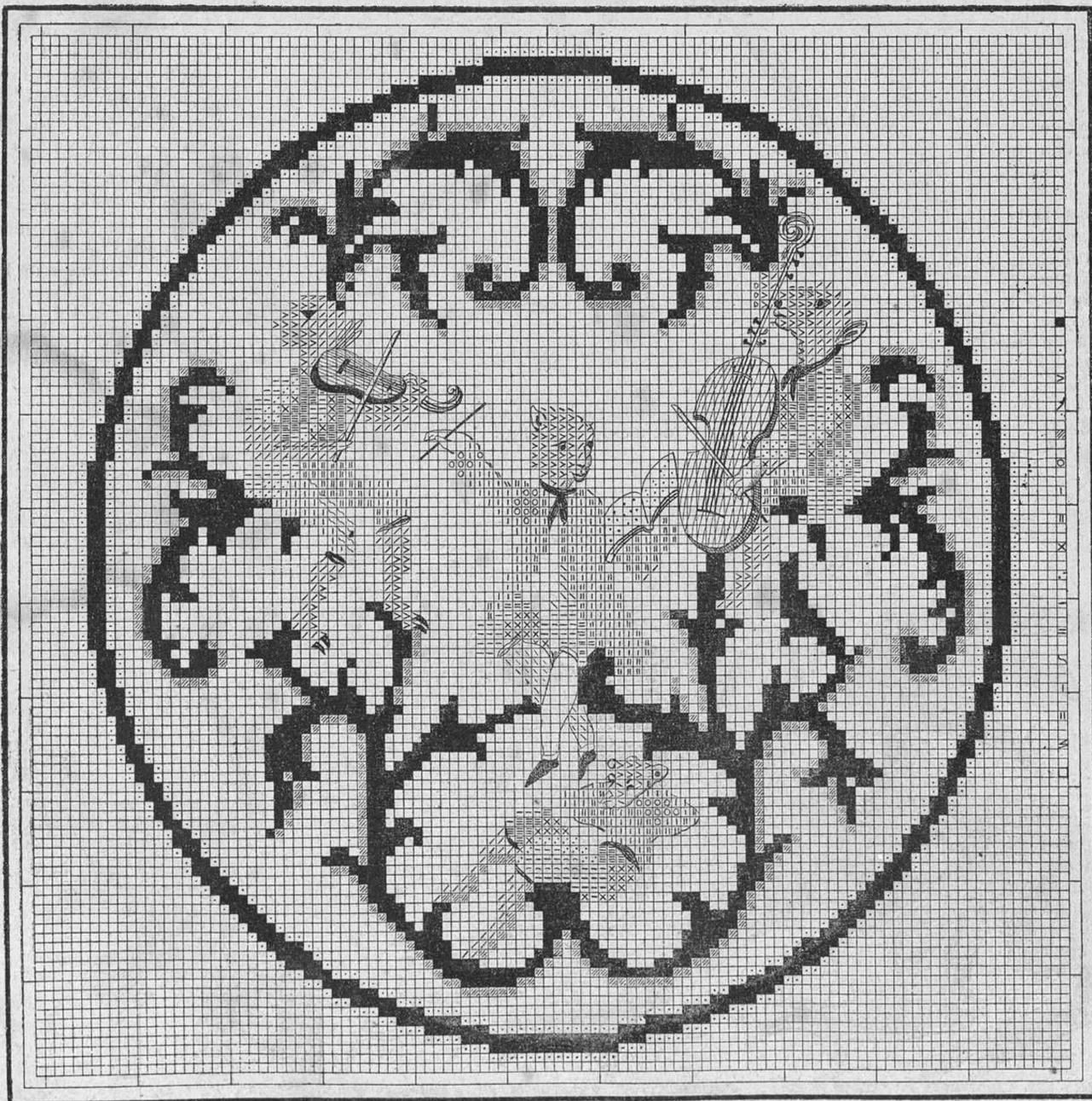
La montura de bambú contiene un recipiente ovalado de hojalata pintado de verde en el cual se pueden poner flores cortadas en arena húmeda ó una planta viva en la tierra. Su largo es 32 centímetros, sobre 20 de ancho y 15 de alto. Entre las cañas de bambú se pasa una banda de cañamazo java bordado. Damos su dibujo separadamente.

La banda de cañamazo java termina arriba y abajo por un galoncito de seda estampado que se cose sobre el cañamazo; bajo este galon se hace un punto lanzado de lana negra y luego dos hileras de palmas de paño recortado que se principia por fijar en sus puestos con un hilvanado, y cuando se encuentran todas á distancias iguales, se borda por encima á punto lanzado con seda de varios colores.

La primera hilera de palmas es de paño alternativamente encarnado y blanco; y la segunda es de paño alternativamente negro y amarillo. Los puntos lanzados se hacen por encima siguiendo nuestro modelo con seda floja encarnada, negra, amarilla, blanca y azul.

Nº 12. Tapicería para cubrir un banquillo de piano.

Nuestro dibujo sobre cuadritos representa un concierto de monos; si no fuera bastante grande para cubrir un banquillo de piano, se añade al rededor una franja lisa, encarnada ó negra. Para poder hacer los detalles de las figuritas de monos y de sus instrumentos, hay que mezclar un poco de punto al pasado, como lo hemos indicado en el modelo. El fondo se hace á punto cruzado, de lana color de gamuza. El conjunto de esta tapicería es de un efecto originalísimo.



Nº 12. Tapicería para cubrir un banquillo de piano.

Nos 13 y 14. Tapete de mesa al crochet.

Hemos tenido ocasion de ver este tapete concluido y nos ha parecido tan bonito, que hemos querido darle á conocer á nuestras lectoras.

Se destina para una mesa de juego y cuenta un metro quince centímetros de largo sobre noventa y cinco centímetros de ancho.

Compónese de cinco rayados hechos al crochet; el de en medio es punzó, y hay uno verde á cada lado, y luego, despues del verde, otro violeta.

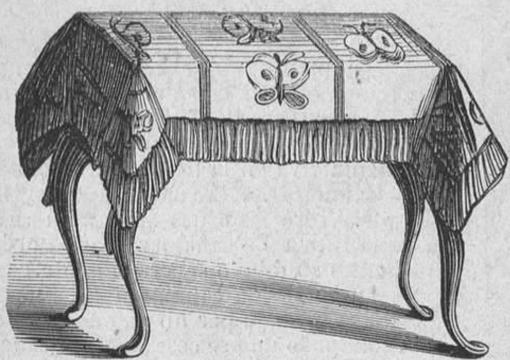
Sobre estos rayados se bordan mariposas al punto de la tapicería ordinaria.

Una hermosa franja de diez centímetros de lana torcida, de los mismos colores empleados en el tapete, va cosida todo al rededor.

Hé aquí el modo de ejecutarle.

Cada banda se hace al crochet tunecino y tiene veinte y siete mallas de ancho. Se reunen arreglando los colores como hemos

- COLORES.
- Negro.
 - Amarillo (seda).
 - Claro oscuro.
 - Id. mas oscuro.
 - Id. Id.
 - Azul claro (seda).
 - Id. mas oscuro.
 - Id. Id.
 - Id. Id.
 - Encarnado claro (seda)
 - Id. mas oscuro.
 - Id. Id.
 - Verde claro.
 - Id. mas oscuro.
 - Id. Id.
 - Gris.
 - Fondo gamuza.



Nº 13. Tapete de mesa.

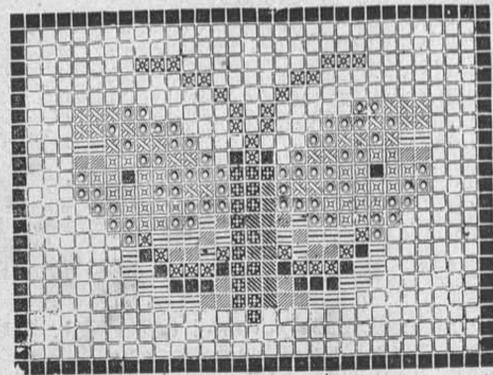
indicado ya, y entre cada banda de color se hace un rayado negro, de cinco puntos de ancho.

Se bordan las mariposas sobre las bandas contrariándolas, y para esto se ponen cuatro sobre una banda y cinco en la siguiente.

Damos por separado el dibujo sobre cuadritos de una mariposa. Todas son iguales; pero se cambian los colores de sus alas siguiendo el color del fondo.

Los cuerpos son siempre de dos matices de oscuro; pero sobre el fondo encarnado las alas se hacen gris y azul, sobre el violeta, gris y amarillo y sobre el verde gris y encarnado. Los matices mas claros son de seda.

Este tapete se puede forrar de cachemira ó de percalina.



Nº 14. Detalle del tapete de mesa.

■ Negro. □ Amarillo. ○ Blanco. ⊠ Gris claro. ⊡ Gris mas oscuro. ■ Oscuro. ⊞ Oscuro claro. ≡ Azul. ⊞ Azul mas oscuro.

Nos 15 y 16. Cesto de labor en forma de mesa, de bambú.

Esta elegante mesita se compone de una tijera de

bambú, sobre la cual se coloca el cesto de labor, que es independiente. El bambú es de un color oscuro, y en su derredor serpentea un ornato de bambú mas claro. El fondo del canastillo es un tejido de junco, y cuelga en torno suyo en festones una guirnalda compuesta de pedazos de bambú alternativamente negros y blancos, reunidos por dos ganchitos de alambre. En el punto de union de ios festones hay una campanillita de madera torneada.

El adorno de la mesita se completa con una labor en aplicacion sobre paño, que rodea el cesto y se pasa entre los bambús.

Para facilitar la ejecucion de esta mesita á nuestras lectoras, damos con el conjunto del mueble, el dibujo en tamaño natural de uno de los lados grandes del cesto. El fondo es de paño encarnado.

Con papel trasparente se hace un calco de nuestro dibujo y para completarle se vuelve tomando por medio el del jarron, de cuya manera se obtendrá un dragon á cada lado. No será malo cortar un pedazo de carton por este calco para hacer el patron de las aplicaciones de paño negro.

Estos patrones de carton se colocan sobre el fondo encarnado; luego se traza una raya con lápiz al rededor, y luego quitando el carton, se encuentran los puntos marcados para poner las aplicaciones. Estas se pegan con goma arábica, y cuando están bien secas, se pone en todos los contornos un cordoncillo de oro que se cose como la trencilla con seda amarilla muy delgada.

El ojo del dragon se hace fijando una perla de oro, y las estrellas que se ven en el jarron se hacen tambien con perlas de oro, así como los adornos indicados con puntos redondos.

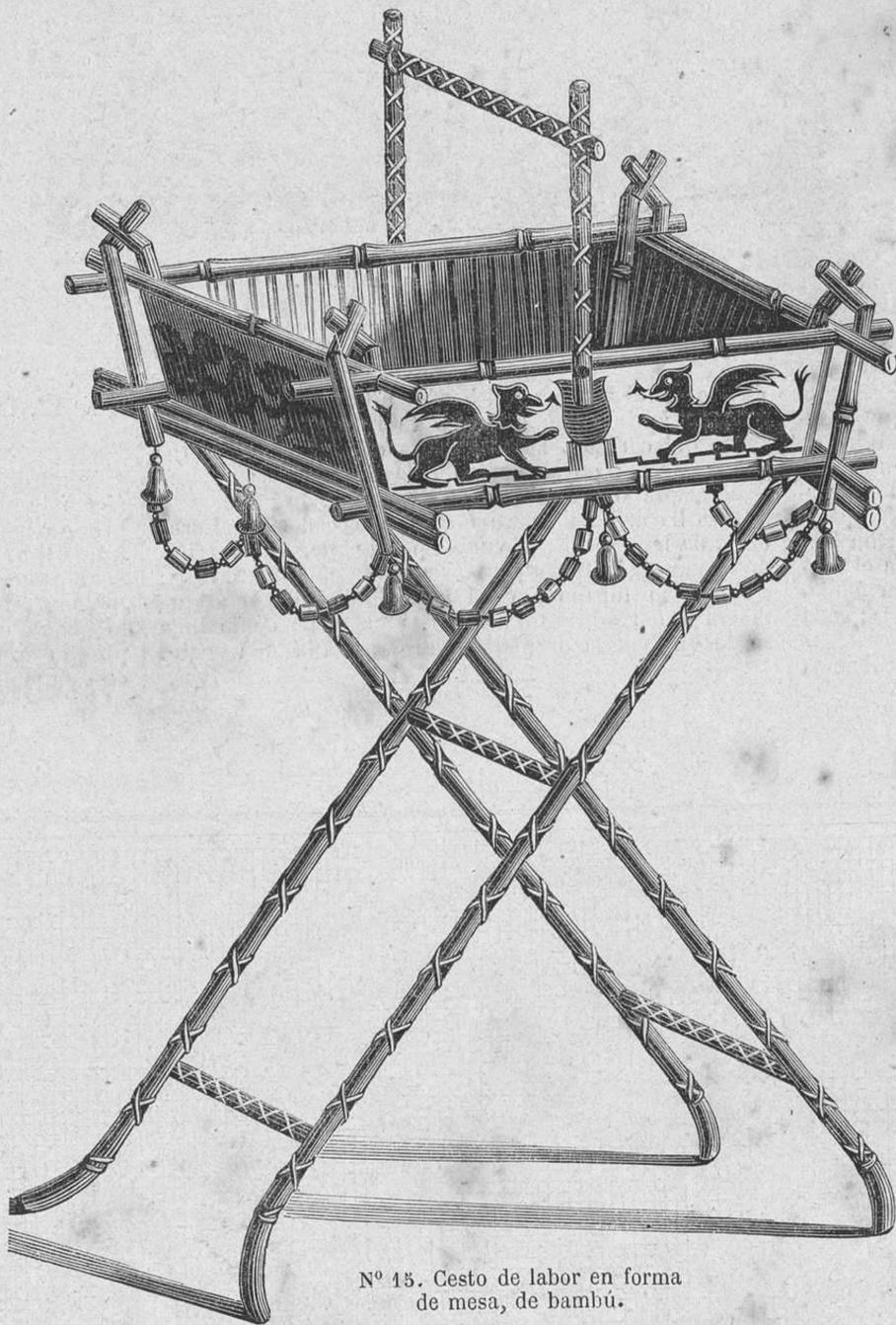
El arbolillo fantástico que separa al dragon del jarron tiene las hojas hechas á punto lanzado de hilo de oro, el tronco de cordoncillo y los frutos de perlas de oro.

Una greca sirve de basamiento al motivo, y esta greca se hace de trencilla de seda negra, con perlas negras cosidas por encima: tres puntos lanzados de hilo de oro llenan los intervalos de la greca. El borde superior formando festones es tambien de trencilla negra con perlas de oro.

Se pueden variar con otros modelos fantásticos las figuras de animales conservando el mismo estilo de ornamentacion

Antes de pasar las bandas de paño bajo los bambús hay que forrarlas de tafetan ó de percalina, y luego se reune con una costura que se oculta debajo de uno de los bambús.

Para hacer el mueble mas elegante no hay mas que adornarle con borlas de lana encarnada y negra, sujetas á cada ángulo del cesto, donde hay ganchitos dispuestos á recibirlas.



Nº 15. Cesto de labor en forma de mesa, de bambú.



Nº 16. Detalle del cesto de labor.

Variedades.

Dos grandes bailes ha habido en Tullerías durante el mes de enero, y á cual mas brillantes. Entre los grandes dignatarios del mundo oficial que se hallaban en el primero, se contaban el mariscal Bazaine, que llevaba del brazo á su señora, vestida de raso verde, con un adorno de esmeraldas en el pelo; á la duquesa de Malakoff, del brazo de M. de Forcade la Roquette; la duquesa llevaba un vestido de raso amarillo y un adorno de cabeza de brillantes. Estaban tambien allí madama Leopoldo Magnan vestida de blanco con una sencillez elegantísima; la duquesa de Fernan-Nuñez, que llevaba en la cabeza su corona de duquesa hecha de brillantes; la princesa de Metternich con vestido color de rosa sembrado de rosas.

A las diez entró el emperador con la emperatriz, seguido de la princesa Matilde.

La emperatriz llevaba un vestido blanco con lentejuelas de plata, rayado verticalmente de bandas de raso blanco y de raso color de paja. En el pecho y en el cuello aderezo de brillantes; en la cabeza brillantes tambien y un racimo de uvas de oro.

La princesa Matilde estaba tambien de blanco. Su vestido, sembrado de rosas de todos colores, era hermosísimo.

Un maestro de ceremonias presentó á Sus Majestades unas sesenta personas, casi todas extranjas de distintos paises, y principalmente de Norte-América.

**

En el segundo baile de Tullerías habia como unas tres mil personas. La emperatriz llevaba un traje compuesto de una infinidad de faldas sobrepuestas, guarnecido de flores amarillas y de follaje de acacia; las faldas estaban recogidas por una especie de *chatelaine* de piedras preciosas, esmeraldas, rubies y zafros. El delantero del corpiño desaparecia bajo un adorno de esmeraldas y brillantes, y el tocado consistia en flores de acacia con follajes de esmeraldas.

La princesa de Metternich llevaba un vestido de raso amarillo, guarnecido de anchas cintas de terciopelo negro; aderezo de brillantes.

La princesa Murat vestia de raso color de malva.

Como en el baile anterior, habia muchas y muy bonitas americanas.

El emperador y la emperatriz se retiraron despues de la cena, que comenzó á las doce de la noche.

Tambien se vieron algunas persas vestidas á la francesa, con trajes de tul blanco y cubiertas de brillantes.